

SEMBRANDO PALABRAS

Relatos

*Grupo Literario “Encuentros”
Tres Cantos (Madrid)*

Sembrando palabras
Relatos

Grupo Literario "Encuentros"
Tres Cantos (Madrid)

Dedicado a *Juan María Van Drell*
Miembro del Grupo Literario “Encuentros”

PRÓLOGO

A pesar de los elfos que revolotean por los millares de telas de araña de las redes virtuales, o de los gnomos traviesos que corretean como ratones por las pantallas y que a veces traen extraños virus consigo, o de las hadas del chateo, o de las incursiones de los piratas.

A pesar de todas las maravillas de este espacio fantástico y grandioso de la informática.

A pesar de todo ello y de todas las jugarretas de los innumerables geniecillos de este mundo mitológico, un libro sigue siendo una cosa viva, una entidad con personalidad propia y con alma, sigue siendo algo que transmite sentimientos y produce cálido placer.

En un libro, las huellas de miles de patas de las moscas que vuelan por los espacios del pensamiento trazan fonemas, componen palabras y cantan frases que nos hablan de los sueños del escritor y que cuentan sus vivencias mas o menos veraces, mas o menos ficticias, todas ellas productos de su imaginación, en un “solo” vibrante de sonidos intensos. Cuando el libro contiene relatos de varios autores, el “solo” se engrandece y se convierte en la magnífica sinfonía de una orquesta de instrumentos relatores que resuenan palabras y nos cuentan acordes.

Esta es la obra que el Grupo Literario “Encuentros” ofrece a sus lectores, esperando llegar con su música al fondo de sus corazones.

Juan María Van Drell
Tres Cantos, enero de 2003

MARTA SAN MARTÍN

Mi gato

Mi gato, que no es mío, que es de mi vecina Chona, pero que sí es mío, porque él lo decidió un buen día al colarse en mi casa a través de una ventana.

Llegó, miró, olfateó, puso el rabo en ristre y se frotó contra mis piernas infantiles, dio varias vueltas a mi alrededor, y cuando me senté en mi silla baja, se subió a mi regazo y puso en marcha el motor de sus encantos. Ronroneó y ronroneó cuanto quiso, mientras yo le acariciaba con mi mano infantil. A partir de aquel día sellamos nuestra amistad para siempre.

Era un gato común: rubio, atigrado, bien proporcionado, su cabeza no era muy grande y su expresión era apacible, no inspiraba ningún temor.

Mi madre le puso un nombre italiano, polisílabo, que yo recorté rápidamente: *Musi*, así llamaba yo a mi gato.

Venía cuando quería, tomaba un poco de leche y empezábamos a jugar: un cordel que se movía en el suelo le hacía correr y saltar, o las sombras que yo hacía con mis pequeñas manos: una paloma que agitaba las alas, el conejo, el cisne.... Musi jugaba y jugaba, y se subía por las paredes. Cuando se cansaba, ocupaba mi silla, o se subía a mi regazo, o se marchaba.

Sólo una cosa, advertía yo, le faltaba a mi gato: las dos bolitas debajo del rabo.

TRISTESSE

Je pense à toi, mer, qui emporte dans tes eaux le secret de mes larmes, l'adieu de mon coeur, la prière de mon âme. Toi, mon amie, ma confidente: garde dans ton bruit ma prière, que seul Dieu l'entende; mélange à ton écume la douleur de mes larmes; inhume dans le sable l'adieu de mon coeur. Transforme ma tristesse, qu'elle soit bruit, sable, écume pour oublier qu'elle est tristesse.

TRISTEZA

Yo pienso en ti, mar que llevas en tus aguas el secreto de mis lágrimas, el adiós de mi corazón, la oración de mi alma. Tú, mi amiga, mi confidente: guarda en tu ruido mi oración, que sólo Dios comprende; mezcla con tu espuma el dolor de mis lágrimas; inhuma en la arena el adiós de mi corazón. Transforma mi tristeza, que sea ruido, arena, espuma, para olvidar que es tristeza.

TRISTESSE

Je pense à toi, mer,
qui emporte dans tes eaux le secret de mes larmes,
l'adieu de mon coeur,
la prière de mon âme.

Toi, mon amie, ma confidente,
garde dans ton bruit ma prière
¡que seul Dieu l'entende!
Mélange à ton écume la douleur de mes larmes.
Inhume dans le sable l'adieu de mon coeur.
Transforme ma tristesse,
qu'elle soit bruit...
sable...
écume...
pour oublier qu'elle est tristesse.

xxx

TRISTEZA

Yo pienso en ti, mar,
que llevas en tus aguas el secreto de mis lágrimas,
el adiós de mi corazón,
la oración de mi alma.

Tú, mi amiga, mi confidente,
guarda en tu ruido mi oración,
¡que sólo Dios la oiga!
Mezcla con tu espuma el dolor de mis lágrimas.
Inhuma en la arena el adiós de mi corazón.
Transforma mi tristeza,
que sea ruido...
arena...

espuma...
para olvidar que es tristeza.

xxx

Un hombre de verdad

- Un maricón, María, eso es lo que es tu hijo, un maricón. Y no me lo discutas, que tú tienes la culpa. Tú y tu puta manía de tratarle como si tuviera cinco años. Nunca me hiciste caso: primero que la vida estaba muy mal y que era mejor tener uno sólo, y a ser posible que fuera niña; después cuando viste que era un niño que había que darle todo lo que nosotros no habíamos tenido. Pero ¡coño! ¿Qué nos ha faltado? Y no te pongas a llorar, que eso es para lo único que sirves: para lavar los platos y para llorar. Pero no te creas que esto se va a quedar así, a este le hago yo un hombre de verdad por mis cojones.

María agachó la cabeza como otras tantas veces. Mientras doblaba el pantalón para pasarle de nuevo la plancha, pensó que esta vez tenía que contestarle, si no el enfado de su marido, un hombre bajito, corpulento, casi calvo, con los ojos pequeños y enrojecidos por el alcohol, iría en aumento y acabaría pegándola como siempre.

-José, por qué le tratas así, si es un buen chico. Todo el mundo lo dice.

-¿Un buen chico? Pero si no le gusta el fútbol, no le gustan las mujeres, es más raro que un perro verde...

-No digas eso. El que no le guste el fútbol tampoco es un pecado. Y sobre las chicas, tú sabes que hace poco dejó de salir con una tal Ana, que al parecer tenía bastante dinero.

-Lo que demuestra una vez mas que es un gilipollas. Además, ¿cómo que no es un pecado? A ver a quién conoces tú con su edad que en lugar de irse con sus amiguetes los domingos al bar o al estadio a ver el partido de su equipo se meta en su habitación a leer libros de policías y a escuchar música. Eso es no es de hombres; con las mujeres que hay por ahí. ¿Qué te crees que yo no me fijo cuando voy con él? Es que ni se inmuta, cuando nos cruzamos con alguna de esas chavalas que van enseñando hasta el culo. Tú sabes que a mí, con su edad, me tenían que atar, y si es ahora, no se como me freno, que un día voy a cometer una locura.

-No sé por que hablas así. Te vas a morir siendo tan bruto como siempre.

-¿Bruto? De eso nada, lo que soy es un tío con dos ... No como tu hijo.

-Es igual. No sé por qué discuto contigo, José. Siempre acabas llevando la razón.

-Será porque la tengo. Si no ya verás como cuando le abra de una vez por todas los ojos, como me lo agradece.

-¿No crees que te pasas con él? Él te quiere a pesar de cómo le tratas.

-¿Qué me paso? ¡Coño! Si es que me saca de quicio. No te has fijado últimamente esa manía suya de ir con los guantes a todas partes, que no se los quita ni para mear. A lo mejor es que no quiere que se le estropee la piel tan suave de la manos o teme que se le rompa una uña. Si hubiera trabajado como yo desde pequeño, seguro que.... ¡Mariconadas a mí! El otro día le pregunte qué quería para su cumpleaños, y me dijo que le regalara una navaja suiza, ¿una navaja suiza? Pero qué tontería es esa. Una navaja de verdad, como Dios manda, es lo que le voy a regalar, a ver si cuando la empuñe le tiembla el pulso como a una señorita o no.

-No sé. Esa manía tuya de las armas nunca me ha gustado, y ya sabes que me dan miedo las navajas.

-Tú y tus miedos. Un hombre siempre tiene que saber protegerse, y proteger a los suyos; nunca se sabe lo que puede ocurrir. Además, ¿sabes lo que he pensado? Este sábado le tengo preparada una sorpresa, ya verás como después de ella todo cambiará.

-No me fío de tus ideas. Ten cuidado como le tratas o lo que le enseñas.

Después de la conversación, ella se quedó más tranquila al ver como al parecer se le había pasado el enfado que tenía con su hijo. Aunque el modo en el que él miraba la televisión sin cambiar de canal la hizo pensar que nada bueno estaba pasando por su cabeza. Una ligera sonrisa, que se apreciaba en la comisura de sus labios, era la señal inequívoca de que estaba disfrutando con lo que estaba maquinando.

El sábado era el único día que se reunían los tres juntos a comer alrededor de la mesa. Como siempre, María había preparado cocido: la comida preferida de su marido y la más odiada por su hijo. José solía comer al menos dos platos y los acompañaba de una botella de vino, lo que le permitía dormir la siesta a pesar de los ruidos. Sin embargo, esta vez después de terminar la comida, José estaba más alegre que de costumbre; sus ojos le delataban. María sirvió el café, y mientras su hijo daba vueltas a la taza con la cucharilla, José le dijo:

-Esta tarde te vienes conmigo, te tengo preparado el regalo de cumpleaños y no quiero que me lo desprecies.

-Yo no te desprecio nada, pero esta tarde tenía planes.

-Pues los dejas para otro día.

Él agacho la cabeza y acercó las manos a la taza para calentárselas. Mientras, pensaba que tal vez sería alguna de las muchas idiotez que se le ocurrían a su padre. Aunque prefería imaginar que a lo mejor esta vez las cosas podrían cambiar para siempre, si él accedía a sus antojos.

A las cinco de la tarde, su padre le dijo que se arreglara, que se tenían que marchar. Él tan sólo se cambió las deportivas por unas botas, porque el cielo se había comenzado a nublar y parecía que se podía poner a llover en cualquier momento.

Bajaron las escaleras del portal sin dirigirse la palabra, pero apenas cruzaron la puerta del portal y salieron a la calle, su padre le dijo:

-¿Sabes cual es mi regalo? Mi regalo no es uno son dos. Aunque bien considerado se puede decir que es uno sólo: hoy por fin te vas a convertir en un hombre de verdad.

Él le miró con rabia, porque sabía que su padre estaba tramando algo que a él no le iba a gustar. Antes de que la cosa fuera a más, se dispuso a plantarle cara, pero su padre no le dio opción. De repente, metió la mano en el abrigo y saco algo envuelto en un papel de regalo y se lo entregó.

-Toma, ¿no querías una navaja? Pues aquí tienes la mía, la que me regaló tu abuelo; una navaja de verdad como no tendrás otra en tu vida. Fíjate las cachas que tiene de cuerno y la hoja de acero, que es capaz de atravesar a un hombre de lado a lado. Quítate los guantes para cogerla y sentirla, ¡coño!, que no vas a cambiar nunca.

-No quiero quitarme los guantes. Hace mucho frío, y no quiero que se me congelen los dedos.

-Siempre con tus tonterías. Si sé que vas a seguir en tus trece, no te la regalo. Pronto empezamos a discutir. Anda, vamos al Metro.

- ¿Vamos al fútbol?

-No es al fútbol precisamente. Es algo que te va a gustar más, seguro.

Después de dos transbordos, muchas estaciones y pocas palabras se bajaron en la estación de Esperanza y salieron a la calle. Cuando habían recorrido poco más de doscientos metros. Su padre le dijo:

-Mira, ésta es mi segunda sorpresa. De su cartera sacó un papel de periódico poco mayor que un sello de correos y se lo dio. Ayer la llamé, y nos está esperando. Ojalá que en mis tiempos hubiera existido algo así. Aunque a mí me bastó con lo que mi padre me tenía preparado...aquella era una mujer de verdad.

Él le dio la vuelta al papel y leyó:

Ana 18 años. Exuberante Te recibo desnuda. 30 euros Se admiten tarjetas Lláname 989566589
--

-Pero tú estás loco o qué. Me haces venir hasta aquí para esto. ¿Te piensas que yo necesito que tú me enseñes algo?

-No estoy loco. Sólo intento que de una vez por todas te conviertas en un adulto y comiences a comportarte como tal; ya estoy cansado de tratar con adolescentes.

Su padre se puso delante de él y, mirándole directamente a los ojos, le gritó:

-Ahora vas a hacer lo que yo te diga. Así es que escúchame bien. Primero voy a subir yo. Tú espérame fuera del portal y no te muevas. Luego subirás tú. Si te vas, te prometo que os echo de casa a ti y a tu madre, por haberte convertido en lo que eres: un..... Además, confía en mí por una vez. No tienes nada que temer, todo va a salir bien; ayer hable con ella y me dijo que era una experta en estos casos.

Después de poco más de media hora, bajó pensando que tal vez su hijo no le había hecho caso y se había marchado, pero al verle en la acera de enfrente mirando pensativo al suelo con las manos en los bolsillos, su felicidad le desbordó y nada más acercarse a él comenzó a contarle su aventura:

-Una leona joven, eso es lo que es, una leona... Y que bonita y elegante. Toda una experta. Por mí volvería a subir, pero ahora es tu turno. Compórtate como espero de ti, y aprovecha la oportunidad. Es en el 2º-B. Me ha dicho que no saludes a nadie para no levantar sospechas. Toma págale con mi tarjeta, pero no se la des hasta que no termines y hayas quedado satisfecho. No la pierdas de vista, que no te puedes fiar de nadie.

Cuando llegó al descansillo, llamó al timbre, la puerta del apartamento se abrió, apareciendo ella con el cuerpo semidesnudo, apenas cubierto por una gasa blanca.

-Ana, dijo él.

-Eres tú, respondió Ana. Mientras él cerraba con el tacón la puerta.

No tardó demasiado, apenas veinte minutos. Sin embargo, su padre se percató cuando le vio salir del portal de que su semblante había cambiado: iba mucho más estirado, sus ojos, que brillaban de placer, miraban hacia el frente, y los guantes ya no le cubrían sus manos. Tan pronto como se acercó, le preguntó:

-¿Qué te ha parecido? ¿tenía yo razón o no? Es una fiera. Seguro que no me has defraudado y la has hecho gritar.... Si te ha cambiado la cara y todo, pareces otro; ahora pareces un hombre de verdad. Sabía que si te forzaba un poco, me darías la razón. Pero

vamos para casa y en el camino me lo cuentas. ¡Ah! y a tu madre ni una palabra de todo esto, que las mujeres no entienden nada.

Durante el trayecto de vuelta, trató de sonsacarle algo de lo que había ocurrido en el apartamento en varias ocasiones, pero su hijo siempre le respondía que no podía ponerse a contarle los detalles delante de tanta gente, que si lo que le preocupaba era el hecho de que se hubiera hecho hombre por fin, que no lo dudara, que el ya era un hombre y como tal actuaba.

Al llegar a su barrio, su padre le dijo:

-Vamos hacia el bar, nos tomamos unas cervezas para celebrarlo y me cuentas. Por cierto, dame la tarjeta antes de que se te pierda.

-¿La tarjeta? ¿no te la he dado ya?

-A mí no me has dado nada. ¿No te la habrás dejado olvidada en el apartamento?

Por la cara que puso, su padre se dio cuenta de que la había dejado olvidada, y empezó a darle vuelta en la cabeza a todo lo que se le podía venir encima, si no volvía a por ella rápido. Su forma de mirarle cambió de nuevo, y su tono de voz volvió a ser el mismo que otras veces cuando le gritó:

-Si es que no tienes remedio. No se que voy a hacer contigo. Ahora tengo que volver a buscarla. Me tienes harto. Vete a casa, que ya hablaremos luego. Si te pregunta tu madre, le dices que hemos estado en el fútbol. No se te ocurra decirlo otra cosa.

A pesar de la bronca que le había echado su padre, al abrir la puerta de su casa se sentía más feliz que nunca antes. Su madre le preguntó:

- ¿Vienes solo?, ¿Dónde está tu padre?

- Si, vengo solo y no sé dónde está papá.

- Pero, ¿no te tenía preparada una sorpresa?

- Si, eso había dicho, pero estuvimos hablando un buen rato y quería que fuera con él al fútbol, pero a mí no me apetecía y, al final, le convencí para que me diera dinero para el cine. Él se habrá ido al fútbol como otras veces... Me voy a mi habitación. Llámame cuando tengas preparada la cena. Por cierto mamá, después de lo de hoy creo que papá me conocerá mejor y no dudará de que soy un hombre y te dejará un tiempo tranquila.

- Así me gusta: que habléis y os entendáis el uno al otro.

... Cuando salió del Metro ya estaba oscureciendo y había empezado a llover. Se palpó con la mano derecha el bolsillo donde guardaba la cartera y comenzó a pensar de nuevo en la inutilidad de su hijo, si es que a aquello se le podía llamar hijo. Cruzó la calle esquivando varios coches, y no se percató de los dos hombres que apoyados en la puerta simulaban estar leyendo el periódico en la entrada del portal. Cuando se que disponía a darles las buenas noches, uno de los individuos le espetó como un tiro:

. -Perdone, ¿es usted José Calvario?

Por la cara que puso, se dio cuenta de que no se había equivocado de individuo, y le dijo, mientras le mostraba una bolsa de plástico con varios objetos manchado de sangre en su interior:

-¿Es suya esta tarjeta y esta navaja?..... Una vecina nos llamó al oír gritos en el 2º-B. Sin darle tiempo a que reaccionara y respondiera, le mostró una placa de policía a la vez que le decía: <<Acompáñeme a la comisaría. Está usted detenido. Tiene derecho a permanecer en silencio.....>>

José Miguel González

Las bragas de la Milagritos

Como todos los veranos, había ido de vacaciones a mi pueblo. El tiempo tenía entonces una cualidad elástica, tres meses eran entonces un período terciario. Aquellos veranos de la infancia eran, uno lo empieza a descubrir más tarde, un anticipo gratis de la eternidad. Veranos que empezaban en la estación de las Delicias (¿Una premonición?), con un olor profundo a carbonilla, un óxido profundo de nostalgia metido hasta los tuétanos en mi memoria.

Mi amigo Angelito era mi mejor amigo. Era mío y yo, de él. Con esa posesión total de los diez años. Con esa entrega sin condiciones del que todo lo comparte. Pienso en él y al momento resurgen las excursiones en burro, el día en que fuimos juntos a caballo al río Sever. Aquel día, uno de nosotros hizo un extraño con la vara y el caballo salió disparado y no paró en diez kilómetros hasta llegar al establo de la finca de Angelito.

Aquel verano de hace treinta y siete años pasaron algunas cosas transcendentales para mí. Descubrí durante la siesta algunos viejos ejemplares de la revista Signal, escondidos en un aparador de la casa de mi abuela. Signal reproducía a todo color el avance imparable de las tropas del tercer Reich por la estepa rusa. Pero eso era lo de menos, lo que de verdad me abrió los ojos fue el descubrimiento de las chicas alemanas que habitaban en aquel aparador habían esperado veinte años para excitar nuestras miradas. Ellas, nacidas para la propaganda, cumplían ahora una misión imprevista, despertarnos a mí y a mis hermanos al cuerpo de la mujer. Cuerpos inolvidables en una casa impregnada de infancia por los cuatro costados.

Pero, sin duda, lo más trascendental de aquel verano fue enamorarme de la Milagritos. Era pequeña, pero es cierto, era un milagro asombroso. Era pizpireta, risueña, como de algodón. Yo amaba sus azules ojos claros. Ella me alentaba y desdeñaba en grases rigurosamente alternativas. Me gustaba todo de ella: su risa, la forma en que mandaba en las chicas de la pandilla sin que se notara, el sonido estridente de su voz, sus alardes cuando jugábamos al pañuelo, su atrevimiento cuando jugábamos al rescate en el parque de las ranas, la perfección de sus rodillas, su resistencia a jugar al juego de la verdad.

Angelito también estaba prendado de la Milagritos. Angelito era rubio y de maneras suaves. Pero, que quede claro, él era quien mandaba en la pandilla de los chicos. Entonces no lo sabía, pero a mí me encantaba su forma de imponerse y la forma tan graciosa en que me llamaba camelista. Él me descubrió la palabra picú, enigmático nombre que designaba al tocadiscos.

Angelito y yo nos habíamos enamorado de la Milagritos, no sólo por sus innegables méritos, sino sobre todo para ver quién se llevaba el gato al agua. En realidad, era un asunto entre nosotros dos. Ella disfrutaba atizando el morbo, pero, en última instancia, lo decisivo no era ser correspondido sino gustar a la Milagritos más que el otro. Angelito, la Milagritos y yo, sin proponérselo, habíamos formado un triángulo sui generis.

Mi pueblo tenía una acera que se llamaba la cera del amor, donde las parejas paseaban interminablemente a la caída de la tarde. Era un pueblo fronterizo que tenía al oeste Portugal. Era un pueblo de canchos, de dólmenes y de un penetrante olor a higuera, había higos secos guardados en recipientes de corcho, había brevas con las que a veces nos empachábamos, en aquellas limpias noches estrelladas del verano.

Pero el momento cumbre de aquel verano fue, sin duda, una noche en que, despistados del resto de la panda, los tres nos sentamos en un banco del paseo. Y entonces,

Angelito, sin duda el más atrevido de los tres, sin recato alguno le pidió a la Milagritos que nos enseñara las bragas. El aire de la noche era cálido, un denso olor de jazmines pugnaba por adueñarse del aire, a lo lejos estaba el kiosco de la Pepa y el puesto de helados de Maneli. El banco era de madera y tenía las patas de hierro retorcidas como si fueran los cuartos delanteros de algún animal improbable, de los que acechaban a los hombres que habitaban en los dólmenes cercanos al cancho Penero.

Pasó una eternidad desde que Angelito hizo su proposición indecorosa hasta que la Milagritos contestó resueltamente –Bueno, pero sólo un momento. Y entonces, sucedió el milagro, ella se levantó un instante la falda, y allí debajo, durante una fracción de segundo que a nosotros nos pareció un tiempo condensado, como esas visiones que tenía el Capitán Trueno cuando estaba a punto de morir en el asalto a Jerusalén y en un pispás hacía repaso de su vida entera o como el personaje de Borges que ven en el aleph la totalidad de lo real, allí debajo, repito, vimos las bragas de la Milagritos, unas bragas azules que nunca han dejado de ocupar un lugar de privilegio en mi memoria. No eran sus muslos lo que me importaba, era el poder ver algo cuya visión era tabú.

-Ya está, dijo la Milagritos, bajando veloz su falda mágica. Los tres nos miramos asombrados, felices, con la alegría de ser cómplices de una trasgresión que, para nosotros, tenía proporciones descomunales.

Como todos los años, llegó Septiembre. Empezaron a caer algunas tormentas e, inevitablemente, llegó el día de coger el autobús de la empresa Magro que nos llevaba a la estación.

Cuando miraba por la ventanilla del tren y el olor de la carbonilla empezaba su cíclico itinerario por mis pulmones no pude reprimir una lágrima. Aquella visión fugaz de las bragas de la Milagritos me había dejado embarazado para los nueve meses de colegio que me esperan en Madrid.

Ana Vicioso

Dos vidas, dos ciudades

A mi madre, Ana, que vive para siempre
en mi alma y en el mar de Cádiz .

Mi madre, Esperanza, jamás estuvo en Nueva Orleans; es más, nunca llegó a poner sus pies fuera de España. Sin embargo, siempre estuvo convencida de haber vivido en la ciudad criolla durante una existencia anterior. La deducción no podía ser más evidente: su presente vida era una reencarnación, posibilidad que ella siempre había dado por supuesta y que era un firme puntal dentro de su muy peculiar sistema de creencias.

A veces se sentía presa de un impulso que la empujaba a bajar repentinamente a la agencia de viajes cercana para solicitar folletos sobre Estados Unidos. Aunque sabía de sobra que jamás emprendería tamaña aventura, la contemplación de las satinadas fotografías parecía permitirle rememorar las calles, monumentos, colores y olores de la peculiar ciudad construida entre pantanos y rodeada de caimanes. Sus hermosos y expresivos ojos verdes penetraban más allá del papel y su mirada se teñía de un tinte nostálgico, como si entonces reviviera momentos perdidos y olvidados, pero que se hacían tan nítidos como la primera vez, no se sabía cuándo, en tierras tan lejanas...

-Pero, ¿quién fuiste en esa misteriosa vida, mamá? ¿Descendías de los franceses que fundaron la ciudad y eras una gran dama de la aristocracia? -le preguntábamos, fascinados por la extraordinaria perspectiva, Miguel, mi hermano, y yo.

-Pues la verdad es que no fui nada de eso; ni siquiera una mujer de los barrios pobres. Aunque os parezca increíble, estoy segura de que fui una esclava -nos respondía con una certeza y un aplomo que siempre nos impresionaba.

Entonces volvía a tomar en sus manos los folletos turísticos y se quedaba con la mirada fija en las imágenes que mostraban las típicas casas del viejo Barrio Francés, con sus terrazas corridas y sus balcones de forja. Y, al ver en su expresión tan dulce melancolía, yo no tenía ninguna duda de que esa vida en el Nuevo Continente debió de depararle más de un motivo de felicidad. Pero ahora todo había terminado. Mi madre acababa de fallecer y yo, a pesar de ser ya una persona adulta, me sentía como una niña indefensa y abandonada, consumida por una pena que no hallaba alivio.

-Sofía, cuando me muera, quiero que me incineréis y echéis mis cenizas al mar. Y no os olvidéis de que suene el *Adagio para cuerdas* de Barber -me había repetido docenas de veces. Y así lo estábamos cumpliendo.

Aquella tibia tarde de agosto soplaba una ligera brisa en mi ciudad natal. Toda la familia se disponía a subir a bordo del barco para cumplir la última voluntad de Esperanza. Tras alejarnos del puerto, mi padre inició la ceremonia de arrojar a las tranquilas aguas la ceniza contenida en la copa de metal plateado. Mi marido y mis dos hijos, así como mi hermano con su mujer, presenciábamos la escena mudos, sobrecogidos...

Cada puñado de ceniza recibido por las olas era un trozo de mi propio cuerpo arrancado dolorosamente, como si me vaciara de la huella que había dejado ella en mí a lo largo de tantos años. Mientras sonaba, más sombrío que nunca, su *Adagio*. Y lo más asombroso era que todo a nuestro alrededor rayaba en la perfección: la tarde de cielos

azules y limpios, el aire transparente y templado, la belleza de aquel trocito de Atlántico, tan sereno... Una tarde perfecta para el más perfecto de los desconuelos.

Sí, se habían acabado para siempre las charlas nocturnas y veraniegas en la terraza de la casa tan cerca del mar cuando todos juntos pasábamos allí las vacaciones; la verdad es que ninguna de las dos encontrábamos el momento de acostarnos. Y mi congoja se acrecentaba aún más al abrir la puerta de un hogar que ya no era tal, porque al fallecer mi madre la alegría había huido y seguramente iba a resultar muy difícil mantenernos unidos como antes. Sin embargo, incluso dominada por la más honda de las aflicciones, me asfixiaba el convencimiento de que ni yo, ni tal vez nadie habíamos llegado a conocerla de verdad. Y en ese momento me prometí a mí misma que investigaría hasta el final esa obsesión de mi madre por Nueva Orleans, hasta penetrar en el enigma de su doble vida.

A simple vista, parecía una sencilla ama de casa, una mujer que dedicó toda su existencia a cuidar de su marido, sus hijos y su casa. La veíamos tan clara, diáfana, sin secretos. Sólo ahora, cuando había empezado a reflexionar detenidamente sobre ella un día tras otro, era consciente del significado de su hipotética doble vida. Un ejemplo: algo tan aparentemente nimio como nuestros nombres llegó a ser motivo de incompreensión e incluso de enfado por parte de algunos parientes. Para mí, representaba una incógnita más.

-¿Por qué nos pusisteis Sofía y Miguel, mamá, si no hay nadie en la familia que se llame así?- insistía yo.

-Pues porque yo tenía que ponerle ese nombre a mis hijos. Además, ¡qué antiguo es eso de que os tengáis que llamar con los mismos nombres de los padres o de otros familiares!

-Pero, ¿por qué dices que teníamos que llamarnos así?

-Mira, yo sé lo que me digo -y zanjaba la cuestión visiblemente molesta y alzando la voz, ella, tan pacífica y conciliadora.

No se trataba sólo de su posible reencarnación. También se sentía fascinada por el Tarot, el espiritismo y los sucesos paranormales. Es curioso que sólo ahora me diese cuenta de que yo misma, sin ser realmente consciente de lo que decía, afirmara repetidamente: ¡Es que mi madre es muy bruja! ¿Era la materialización de ese pasado que evocaba con tanta añoranza, quizás la impronta de la bellísima ciudad del estado de Luisiana, que incluso cuenta con un Museo del Vudú? ¿Llegaría a conocer a Marie Laveau, la famosísima Reina Bruja de Nueva Orleans durante el siglo XIX?

¿Y los cementerios? En Nueva Orleans ocupan las mejores zonas y las tumbas alcanzan precios astronómicos. Una gran parte de la población cree fervientemente en el animismo y en la comunicación con sus seres queridos del más allá. ¿Vendría de ahí su afición a visitar con tanta frecuencia los nichos de sus antepasados en el cementerio? Todas las semanas limpiaba sus lápidas, les ponía flores frescas y rezaba por ellos. Era un rito que cumplía fielmente y que sólo abandonó cuando la enfermedad empezó a hacer mella en sus huesos, tan doloridos, víctimas inconscientes de un mal que se iba adueñando de su cuerpo lentamente, pero sin remedio.

-¿Sabes qué he soñado? -me dijo un día por teléfono-. Estaba en la orilla de una especie de río subterráneo y me encontraba con Caronte. Y ¡fíjate, se empeñaba en que me subiera a su barca, pero yo le decía que ni hablar, que no sabía nadar y que me podía ahogar si la barca volcaba!

-Mamá, ¡qué original eres hasta en los sueños! No, si tú no puedes soñar cosas normales como todo el mundo. ¡Cómo se nota lo leída que eres! -comenté en tono de broma, mientras se me caía el alma a los pies y sentía un nudo desgarrador en la

garganta, porque mi hermano y yo conocíamos hacía tiempo su gravísimo estado de salud.

Otro hecho en el que caí en la cuenta fue en que había abandonado totalmente su costumbre de echar las cartas del Tarot. ¿Cuál había sido el motivo? ¿Qué pudo ver en ellas tan terrible y amenazador para prescindir de un elemento tan necesario en su vida?

Debo reconocer mi temor a que, gracias a su clarividencia, conociera detalles de mi vida íntima. Más de una vez me había tranquilizado diciéndome que el proyecto que me traía entre manos me saldría bien, o me miraba de forma pícaro con sus bellísimos y expresivos ojos, tan verdes, y me revelaba que sabía algo que yo suponía secreto. Por fin tenía todos los datos encima de la mesa, pero, realmente, ¿a dónde me conducían?, ¿qué respuestas daban a mis preguntas? Entonces, de la forma más casual y sorprendente, el empujón decisivo lo recibí de la Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días, los mormones. Según leí en el periódico, este grupo religioso acababa de poner a disposición de los usuarios de Internet una base de datos en la que pretendían incluir a todas las personas que han vivido en el mundo para que, quien lo necesitara, pudiera seguir el rastro de sus antepasados.

Sin perder un solo segundo y poseída por un estado de ansiedad descontrolada, encendí el ordenador y comencé a navegar por la red. Nada más escribir la dirección www.familysearch.org, apareció en la pantalla, en inglés, un formulario de búsqueda de antepasados. Teclé el nombre de pila y el apellido de mi madre; después, un acontecimiento (el nacimiento); y, finalmente, Luisiana, Estados Unidos.

En menos de treinta segundos, mientras mis ojos taladraban impacientemente la ventana del navegador, mi investigación y también mi vida sufrieron un giro radical e inesperado. Tuve que agarrarme fuertemente a los brazos del sillón cuando en la pantalla del iMac aparecieron estos datos:

- ESPERANZA MOLINA. Padre: Joachin Molina. Madre: Sophie Falcon.

Casada el 29 de agosto de 1829 con Miguel Albarado. Nueva Orleans, Luisiana.

Me di cuenta de que se me enturbiaban los ojos, de que el aire se negaba a entrar en mis pulmones, pero la pantalla del ordenador no mentía: ahí estaban esos nombres (¡Sophie, Miguel!), esas fechas, esa increíble ciudad de Nueva Orleans. Sí, la decisión estaba tomada: me esperaban Luisiana y Salt Lake City, cuartel general de los mormones en el estado de Utah, para obtener hasta el dato más nimio que me llevara a mis raíces americanas.

“Voy a tu encuentro, mamá”, pensé, mientras acariciaba el billete de avión que acababa de comprar y me recreaba en la esplendorosa puesta de sol en la playa, un año después de que mi madre se uniera para siempre con el océano Atlántico

Elena Espiña

Personaje Breve I

Con cada nuevo calendario, el ejercicio de vivir se acalla.

Se mueve como una brisa tenue, impalpablemente. Habla susurrando. Responde, solamente si es pregunta. Sonríe triste a todas sus “genialidades”.

Antes de marcharse al trabajo, la misma retahíla de siempre:

-Quiero la comida en la mesa a las dos en punto y la cerveza muy fría.

Mete el vaso en el congelador y lo sacas cuando llegue.

Plancha el pantalón que me puse ayer.

No pierdas el tiempo pensando en las musarañas.

Ella siente con la cabeza, cierra la puerta despacio. Se queda parada allí, un tiempo, hasta que los pasos dejan de oírse en la escalera.

Los recuerdos se agolpan en su mente.

“La espera se me está haciendo interminable, ¡tengo tantas ganas de que nos casemos... no nos separaremos nunca... va a ser maravilloso!

Me paso las horas muertas pensando en cada detalle de nuestra casa. Tengo anotadas mil ideas de decoración, de todas las revistas que caen en mis manos”.

Ninguna de sus ideas fue puesta en práctica. Los muebles y los objetos fueron comprados por su futuro ideal marido y su dedicada madre.

-...Hija te pasas de buena, no deberías ser tan condescendiente. Yo soñaba con un hombre para ti... ¡tan diferente!- Doña Mercedes hacía una mueca de resignación.

-...¿Por qué vas a ejercer?, cuidando de mí, de tu hija y de la casa estás estupendamente. Aquella profesora que te decía que debías dedicarte a la enseñanza, aunque fuera con sacrificio, era una trasnochada remilgada, como un repollo con un lazo y por añadidura una rara de la vida. ¿No te gustaría parecerle a ella, verdad?

“No me va a dar tiempo de hacer todo. Vamos a ver cómo lo resuelvo... Pasar un paño húmedo lo primero... Tengo que encontrar la ceniza del cigarro, ¿dónde la había echado esta vez?- Mira debajo de los muebles, detrás del sofá...

...Te das cuenta, está aquí desde ayer. ¿Me gustaría saber qué hacer todo el día mientras estoy trabajando como un burro, sacrificándome para que tu estés hecha una reina? ¡Qué porquería!

“¡Cómo ha podido cambiar tanto! Cuando pasa el dedo por los muebles, despótico, me siento como una hormiga indefensa a la que cualquiera puede pisar sin consecuencias.

...Eres tonta de remate –se desahoga con Pilar-, conmigo lo iba a tener crudo, pero ¿no entiende ese jumento que no estamos en el siglo XII? Tu eres mi mejor amiga, ya lo sabes, pero a él no lo soporto, es un cretino integral.

Cuando hay que resolver algún problema todo son arreglitos.

-Querida, quiero que hagas el borrador de la carta del abogado, luego la copio yo con mi letra. Esta tarde al escribir al banco, por favor, no te olvides de poner que soy el responsable de la cuadrilla.

-Puedo poner... si te pare... responsable del grupo de trabajo...

Está agitada y sudorosa. Se sienta un momento a descansar. La niña se ha quedado dormida y tiene una hora de tiempo libre, ¡por fin! Va a la despensa, desde allí puede oír todo lo que pasa en la escalera, saca las cuartillas de la caja de hojalata de Cola Cao, se sienta en el taburete y empieza a escribir apoyándose en las rodillas. El gesto de su cara se transforma.

¿Pero qué hace ahora? No está analizando las consecuencias. Tendría que esperar a que Blanca creciese un poco más...

Como llevada de un impulso irrefrenable ordena los escritos y se los lleva en la mano, cierra la llave de paso del gas, examina, uno a uno, los grifos. Se dirige al dormitorio, descuelga unas perchas del armario, guarda la ropa precipitadamente en una bolsa de viaje. Coge todo el dinero destinado a los gastos del mes. Subida en una silla rebusca encima del guardarropa debajo de la caja grande. Mete todo en una cartera de mano, comprueba si está el DNI, sólo falta el título de Magisterio. Lo pone, con su marco, entre la ropa imprescindible.

Yo, que estoy viéndolo todo, sigo amarrada a este bolígrafo como petrificada, sin hacer nada para impedir lo que parece una locura.

En el pasillo se ha detenido, recapacita.

Despierta, llenándola de besos, a la niña. La viste con rapidez. Una última mirada en derredor; falta menos de media hora. Dos vueltas a la llave. Desciende cautelosamente sin hacer ruido, el corazón quiere saltar del pecho. Sale a la calle, hace una inspiración profunda, se deja bañar por el sol.

Erguida, desafiante, con su pequeña abrazada contra el corazón y la bolsa colgada del brazo, sin mirar atrás, desaparece entre la gente.

El gato

Apareció inesperadamente entre el ordenador y la impresora. La claraboya, siempre abierta, había sido su aliada.

Desconfiado, independiente, dispuesto a volver por donde había venido al menor gesto de incompreensión, permanecía parado y alerta.

El había retirado los ojos de la pantalla, abría y cerraba los párpados con rapidez, en un movimiento mecánico, par alejar la sensación de rigidez. ¿Cuántas horas llevaba sentado? Siempre perdía la cuenta, metido en el mundo infinitesimal, asombroso y frío de la informática.

¡Qué buena ocasión para estirar las piernas!

-¡Gato, voy a buscar un poco de leche!

Y así empezó todo.

También solo, independiente, desconfiado, descosido, la única diferencia entre los dos era, la úlcera de estómago, que desaparecía después de siete días a base de Opiren 30 ml. y Clacid, pero volvería a aparecer al menor descuido.

-¡Juana, antes de marcharse no olvide cambiar el agua del gato y poner un poco de comida en el plato!

Se había instalado definitivamente. Enroscado en el cojín de moaré verde con puntillas blancas, una cursilería de la tía Marcelina, acompañaba semidormido el trabajo extra de su bienhechor, que le había quitado de la calle inhóspita, del frío torturante del invierno y el hambre crónica.

-¡Rodolfo! Este asunto, un coñazo, por cierto, es para el partido y me lo van a pagar bien como está mandado. Tu también tendrás tu parte. He decidido compartirte un cascabel, ¡de plata! No lo niegues, habías pensado en una baratija de “todo a cien”, pero eres mi camarada y no podría hacer semejante cosa contigo. ¡Voy a saber donde te metes!

El martes me marché a Guadalajara. La asistenta vendrá a ponerte comida. La pago lo mismo que si hiciese la limpieza, ¡no puedes quejarte!

El veterinario había examinado atentamente al felino. Se volvió al solitario y con voz reposada deletreó la palabra.

-In mu no de fi cien cia.

No daba crédito a lo que estaba oyendo.

-Pero doctor, ¡esta enfermedad la padecen sólo los seres humanos!

-¿Y los gatos, por qué no?

A partir de ese momento siguió, al pie de la letra, todo lo que le fue encomendado.

-No puede mojarse ni constiparse. Cualquier enfermedad, por pequeña que sea, puede acabar con su vida.

Y fue pasando el tiempo. El compañero, ahora triste, estaba cada vez más débil y comía menos. Se pasaba las horas sobre el almohadón sin moverse, y su protector había dejado de hacer trabajos extra para el partido.

Aquella tarde, al salir de la oficina, decidido, se metió en la primera iglesia que encontró en su camino. No pisaba una desde la muerte de su madre.

En pie, medio escondido detrás de una columna, los ojos fijos en el altar mayor, imploraba en silencio.

“Dios, te prometo venir a misa todos los domingos y fiestas de guardar si curas a Rodolfo, ¡es el único amigo que tengo!, ya sabes que vivo solo....

El gato se quedó muerto cerca del cuenco del agua que no llegó a beber.

No ha dicho a nadie que está mucho más solo, pensarían que estaba como una cabra. ahora tiene miedo, mucho más miedo de la soledad.

Dios no supo aprovechar su oportunidad.

Xosé Luis do Ferreiro

Relatos a contratiempo

I - M A R T A

Todavía soñolientos, los vecinos se iban cruzando con ella que, por fin, regresaba a casa.

- Buenos días- le saludó el del décimo- la noche bien ¿No?.

Marta sonrió entre dientes y creyó devolver el saludo.

Al detenerse el ascensor en la planta catorce, regresó del letargo dulce y denso que produce el peso del sueño.

"A las diez de la mañana cortarán el agua" le había dejado escrito Félix en la pizarra de la cocina.

- La lavadora, los cacharros, la cocina, el

baño...,- planificó mentalmente.

En la radio daban las noticias de las ocho.

Levantó la persiana del cuarto de los gemelos y maldijo el día en que se les ocurrió comprar aquella mesa-pupitre-arcón, tan práctica, según la dependienta, y que ahora resultaba imposible de acoplar.

Al pasar, golpeó en la puerta del baño, al otro lado se oyó la respuesta de siempre:

- Dos minutos, mamá, estoy acabando.

Abrió la ventana de su habitación, apartando la mirada de la cama todavía templada. La tentación de descansar, aunque sólo fuese unos segundos, podría llevarla a la catástrofe.

El olor a leche quemada le hizo correr de nuevo a la cocina.

- ¿Cuántos cenasteis en casa anoche? Hay cacharros para una docena.

No hubo ninguna respuesta. En realidad, tampoco era una pregunta.

- Os quedan diez minutos.

... La lavadora, los cacharros, la cocina, el

baño.

La radio regalaba felicidad en un club de ocio y tiempo libre.

El agua entraba en la lavadora como el ronroneo de una nana, el tambor giraba lentamente

- Hasta luego mamá.

El calcetín rojo permanecía inmóvil en el centro del ojo de buey.

Oyó cerrar la puerta y que la radio repetía las noticias.

Con las prisas ni siquiera se despiden, pensó.

... Los cacharros, la cocina, el baño.

Respiró profundamente, para tomar impulso.

El agua, en finas gotas, resbalaba sobre la sartén y huía del montón de platos, formando descoloridas cataratas.

Las manos se perdían entre la espuma, heridas desconocidas surgían al contacto con el jabón, lágrimas de arena iban inundando sus ojos.

... La cocina, el baño.

Arrancó la leche tostada en la plancha que, como negras galletitas salarinas, huían del cuchillo. Lentamente iba recogiendo la espuma con penetrante olor a limón. Se pasaba, de cuando en cuando, el dorso del brazo por la frente húmeda, posiblemente lloraba.

El brillo muerto del acero de la cocina, reflejaba su imagen real.

Sonó el portero automático.

- ¿Sí?

- Cortamos el agua.

La voz era clara y sin lugar a dudas. Corrió a tratar de limpiar lo poco que le quedaba. El grifo dejó caer los últimos suspiros y enmudeció.

... El baño.

- "Son las diez horas, dos minutos, trece segundos."

Apagó la radio.

Bajó la persiana de su habitación y se dejó caer en la cama.

El cuerpo, hundido lentamente, fue abandonándola.

Sonó el despertador. Lo buscó incrédula: eran las dos de la tarde.

Tenía por hacer: el cuarto de baño, la comida de mañana, la compra, recoger a los gemelos, la reunión del colegio, la cena para dejársela a ellos y lo que ella se llevaba para cenar en el trabajo.

En la pizarra de la cocina anotó: " Te he cosido el mono viejo, el domingo buscaremos uno en el mercadillo, aprovechando las rebajas. Llámame a las 12."

Iba a añadir: "un beso", pero no lo hizo.

Eran las siete de la tarde. Los gemelos seguían viendo la televisión. Martita estaba a punto de llegar y a ella le faltaban diez minutos para coger el autobús que le llevaba al trabajo.

Mañana sábado comerían todos juntos.

El espejo del ascensor reflejaba una mirada perdida.

En el tercero, se detuvo y se abrió la puerta en contra de su deseo.

- ¡Cuanto tiempo sin verte! ¿Te vas ya? Pareces más delgada ¿Haces alguna dieta especial?. Hija, no se como puedes aguantar esa vida que llevas, yo acabaría loca.

- Te dejo, se me va el autobús- huyó Marta de aquella torturadora.

Los recuerdos la oprimían contra la realidad.

Los días eran eternos desde aquella noche extraña en la que, el Jefe de fábrica y el A T S, la llevaron a urgencias. Habían pasado seis meses, Octubre cerraba la tarde y en los cristales las gotas se iban uniendo hasta el fin.

Marta seguía asomada al infinito.

Los años de trabajo, en turno de noche en la cadena de montaje de la fábrica, la habían empujado al final.

Después de tanto tiempo de baja psicológica, temía volver, pero quedarse de nuevo en casa sería la locura definitiva. Tal vez ahora, trabajando por el día, podría dormir algo por la noche.

En la pizarra de la cocina había un corazón, atravesado toscamente por lo que parecía ser un clavel:

"Espérame para cenar, vendré pronto."

FÉLIX

Pero era ya muy tarde.

II - DIARIO FINAL

Marzo de 1980- Domingo

Camino descalzo, dejando que mis pies se empapen de arena. Entre mis dedos huyen

los restos de lo que fueron acantilados desafiantes, mezclados con minúsculas partículas de estrellas. Unos se erguían como gigantes, impidiendo la continuidad de los océanos, las otras se dejaban caer desde lo alto de la noche, como lágrimas abandonadas. Ahora inundaban el silencio de lamentos bajo mis plantas, aplacando el dolor, por la espera, que me arrastra hasta la orilla.

El mar, un inmenso imán, golpeaba sobre la razón. Iba y venía como una joven enamorada. El vuelo de su falda azul, dejaba asomar una orla blanca para mis ojos. Con su voz cálida buscaba mi respuesta y sus manos tendidas ofrecían el descanso para pasar la noche, -“sólo una noche”- me repetía, “tal vez sólo un momento, luego regresas.”

A mi espalda dejaba sus requiebros una vez más, tenía que escribir los últimos versos de un poema, corregir las pruebas del próximo libro y esperar a mañana.

Marzo de 1980- Lunes

Dormir no era un peligro, ahora temo hacerlo y lo lamento cada mañana.

Sobre la mesa estrecha de la cocina, se disputan el espacio, los restos del naufragio de ayer. Recojo cristales en el suelo de lo que parece haber sido un vaso que no recuerdo. Tres naranjas en zumo amargo, como el lunes, y un vaso de leche ambigua, como el futuro, tratarán de arrastrarme hasta el horizonte del día.

Me duele el espacio, el tiempo y veo infinita la distancia, pero en mi mente sigo siendo para la eternidad y no importa que todo a mi alrededor reafirme que el camino se ha cerrado. Mientras YO gobierne mi barco, seguiré navegando a pesar de la marejada.

El Jueves entregaré el libro ya corregido, recogeré las primeras hojas, es primavera, impresas de poemas, y volveré con ese tercer capítulo que me tiene varado.

Ahora, junto con mi caballete y el viejo maletín de óleos, nos iremos al faro para atrapar jirones de luz.

La mansa lluvia, como cortinas rasgadas, se entreteje con el día que comienza. Hoy puede que sea ese día especial, sino esperaré a mañana.

Marzo 1980- Martes

Ayer en el faro, lloviendo tristeza, se iluminó un instante el horizonte. Fue como un relámpago transparente en azul. Ese segundo mágico que tantos años llevo persiguiendo.

En la paleta tenía los tonos adecuados, como cada vez que salgo en su búsqueda, pero quedé inmóvil insertado en aquella roca. Me fue imposible apartar los ojos de aquel infinito, como si pudiese perderse al dejar de mirarlo.

Recogí todo y regresé a casa con la visión impresa en el lienzo de mi mente, allí donde guardo las imágenes para rescatarlas en el momento oportuno.

Ahora, cuando las primeras luces acarician el ventanal y se multiplican en cada gota de mar que lo siembran, trataré de transportar a la realidad aquel momento de ilusión único e irrepetible. Ya sólo por él valdría la pena seguir viviendo y esperar siempre a mañana.

Marzo 1980- Miércoles

“De la vida, lo mismo que de la muerte, no se puede huir. Puedes romperla, apartarla de ti, destrozarla, pero jamás podrás dejar de haber sido para los que te han conocido.

Jamás podrás desvivir, borrar todos los recuerdos en los demás. Por que tú, para todos, no eres lo que crees ser, sino lo que ellos creen que eres”.

Quien me ha dicho estas palabras tiene atrapados muchos de mis mejores recuerdos. Cada camino sin retorno, cada salto al vacío, cada paso a lo desconocido lo hemos compartido. Juntos vadeamos las noches vacías, cuando los golpes del silencio me arrancaban el sueño, dejándome a cielo abierto. Juntos hemos atravesado los días estériles de desierto, las heladas horas de abandono, los tiempos de ausencia y los largos tiempos de espera. Juntos hemos conquistado las más altas cumbres de la gloria y hemos navegado en los más profundos abismos.

El puñal del odio, la miseria de la envidia, el dolor de una traición, la herida de una palabra, el veneno de un rencor; todo pudo haber pasado sobre nosotros sin apartarnos lo suficiente para el olvido.

Sobre la mesa, en una límpida cerámica de Carnota, doce rosas rojas esperan hoy su regreso.

Los dos sabemos que siempre habrá un mañana para seguir.

Marzo 1980- Jueves

Refugiado en el calor de una espalda amante, he podido volar sobre una noche tibia.

Los sueños me arañaban por momentos, sin llegar a clavarse, luego se elevaban como globos errantes hasta perderse.

Tal vez el temor a mañana me haya invadido, a pesar de todo, pero sobre la incertidumbre no quiero construir cada momento.

Sé que no es el final, ni un punto de partida: dependiendo de los resultados. Nada puede hacer que Mi vida no siga siendo Mi vida.

Ni consejos de expertos, ni opiniones de ignorantes.

Ni pesares de amigos, ni lamentos de enemigos.

Mi vida será la realidad de cada día, no la probabilidad de una consecuencia, no la

posibilidad de hacer de otro modo.

Cuando el sol resucite cada día, yo estaré allí. Cuando la luna se clave en mi ventana, yo estaré allí. Y no será inútil su esfuerzo por venir a mí cada mañana.

Marzo 1980- Viernes

Llueve suavemente en la mañana. El olor de la panadería cruje en la acera cuando paso sobre los charcos.

Los saludos se suceden a mi alrededor, hasta el perro del quiosquero, siempre ausente en su alfombra gris, me lame los zapatos.

Es Hoy, Yo sé que es Hoy y no otro día.

Lola, con ojos mustios de noche corta, sirve mi desayuno de siempre, pero el dorado “Cafetería Castrelos” gravado en el tazón, resalta más en el verde oscurecido.

Sus palabras nuevas, calientan mis manos mientras paso sobre los inútiles titulares de la prensa del día.

Nada es. Todos vienen y van como siempre. Un día comienza, pero sólo para mí es Hoy.

Respiro profundamente el olor de un chocolate con dulzor amargo mientras sumerjo el bollo en su alma espesa de melaza.

Lola me desea suerte con una mirada de cristal - a la vuelta me invitas- me dice sin querer cobrarme.

-Tengo toda la suerte – le respondo sin mentirle, mientras a mi espalda se lamenta alguien en la máquina de juego.

En la entrada del hospital me cobijo en su abrazo para tomar fuerza. Ya sabe que los resultados son tozudos y confirman los análisis anteriores.

Llueve mansamente en sus ojos tristes mientras paseamos sobre la playa.

El mar, inmenso imán, retira su marea dejando nuestras huellas desdibujadas.

Alguien ha dejado escrito en la arena: “ Siempre es mañana”.

Mi querido editor: te envío parte de mi diario por si consideras que puede tener algún valor para su publicación.

El resto, si es que crees que tiene interés, te lo mando MAÑANA.

PANXON, 3 DE MARZO 1999

Fdo: Xan do Valín

III - ELLA, EN EL ÚLTIMO SEGUNDO

Un segundo de su mirada fue la única verdad que pude encontrar a este lado del espejo, solo por Ella no di el último paso.

Aquel extraño olor y el ruido de las puertas al cerrarse, después de un pitido agudo rompiendo los otros sonidos, regresan a mi, 30 años más tarde, cada vez que descendo al Metro.

Madrid era la locura para quien llega desde un pueblo de Galicia, donde la electricidad era el futuro y este, como los automóviles, escaso.

Al levantarme cada día esperaba que el sueño hubiese terminado: el autobús que se va, el metro que no viene, los semáforos que no cambian, los minutos desaparecen y en el reloj de fichar de mi primer trabajo siempre es más tarde cuanto entro y demasiado pronto cuando voy a salir.

La espera de cada día era en vano, el mal sueño era la realidad con un peso de 19 años oprimiendo un pasado feliz.

El invierno era oscuro, el frío metálico y los domingos tiempos muertos infinitos, donde la plácida lectura de antaño aplastaba mis párpados.

Los compañeros de trabajo que trataban inútilmente de acogerme; ruidosos y bullangueros, siempre dispuestos a la broma ácida e hiriente, no hacían más que aumentar mi nostalgia por los viejos amigos de siempre y el recuerdo de un último baile en la Romería de la Virgen del Carmen.

Después de tres meses y dieciséis días en una ausencia continua, la piel no parece pertenecerte. Vas y vienes sin saber a donde ni de donde, no esperas ni desesperas y mañana puede ir antes o después de cualquier ayer.

Después de tres meses y diecisiete días descubres que está lloviendo, mientras caminas de regreso a casa, y no parece sorprenderte. El agua resbala hasta tu boca y dejas que humedezca tus labios, podía ser Galicia pero no lo es.

Acabo de salir de trabajar para volver mañana a las 8, como siempre. Son las 7 de la tarde, como siempre, abandono el metro y sigue lloviendo. Los paraguas gotean sobre los hombros y en los charcos se refleja el vacío de la ciudad.

Enero no ha cambiado nada, tal vez no sea año nuevo para todo el mundo y tenga que seguir esperando el último milagro.

-¿Puedo taparte ?

Las gotas iluminadas de las farolas son líneas de segundos separando distancias en las aceras, tengo cuatro distancias hasta llegar a mi semáforo. Un perro de agua cruza la calle para no unir nuestras tristezas.

-¿Puedo taparte ?

Las voces suaves del silencio, como las sirenas de Ulises, pueden llegar a confundirte. No es aconsejable responder o te verás abocado a diálogos eternos, absurdos, desesperados. Ilusiones de tus deseos que crees realidad y que te llevan al abismo.

- Te estás empapando ¿ Puedo taparte ?

Incluso es mejor hablar solo para que tu voz no te olvide, pero jamás se debe entrar en diálogo con el susurro del silencio.

- Espero todas las mañanas y todas las tardes tu llegada; la misma hora, el mismo libro de Benedetti, la misma mirada lejana desde hace meses.

Me resistía a girar la cabeza. Sabía que habría unos ojos mirándome, con respuestas a todos mis caminos, con palabras para todas mis ausencias, con ternura para todos mis infiernos. Todo una cruel ilusión.

- *Te veo siempre ausente, triste, como un desterrado del Paraíso que busca una puerta a la Primavera.*

Los deseos no tienen luz en la mirada, con barcos de vagabundos mágicos llevándote al otro lado del precipicio. Ni el bolsillo de un abrigo azul donde atrapan manos desesperadas, náufragos en tormentas de recuerdos.

Podía haber dejado de llover, haberse abierto el cielo en luna llena. No, era hoy lloviendo, pero la tarde era de otro día.

Como si la velocidad del tiempo hubiese arrasado con los espacios infinitos, los lentos espacios que hay en las mañanas de siempre, en las horas de todos los mismos días.

Los paraguas tal vez ya no goteasen sobre los hombros.

Los charcos de charol en las aceras duplicaban nuestros pasos al horizonte. Hoy era mañana en vez de ayer.

- *Un libro es como el reflejo del alma del que lo lee. No puedes ir con Benedetti en una mano y la amargura en el espejo, una semana un mes y otro mes.*

Dejé mi tiempo sobre sus ojos negros al volver la cabeza. Sus trenzas nobles y su boca clara eran la realidad para mi ausencia.

Ya no había distancias entre las farolas de la tarde, ni perros como esponjas huyendo de mi melancolía.

Las sirenas de Ulises tejían silencio para sus palabras y con mis horas muertas del pasado, hilos de terciopelo.

- *En la ciudad existen los infiernos, los abismos, los desheredados sin nombre, sin promesas, sin lugar; porque lo traen con ellos en la huida. No importa a donde corran, en donde se refugien, el nombre que se pongan.*

Todos somos el camino que hacemos, el dolor que sembramos, el amor que retenemos.

Todos somos un trozo de paraíso del que está al lado, de nosotros depende nuestro cielo cada segundo.

Noté mi mano viva entre sus dedos, al resguardo de su abrigo azul. Un lagarto de metal dormitaba confiado en su solapa, esperando el regreso de Marzo.

Una lágrima de azabache brotaba en el lóbulo de su oreja, sobre la que volaba una horquilla dorada, con dos diminutas mariquitas, recogiendo un mechón huidizo.

- *Sé que puedes crear universos, pañuelos de palabras, ecos y melodías de silencio. Que tu voz de papel y pájaros de seda llegaran al final de los que sueñan.*

Yo esperaré cada mañana para trepar contigo a lo más hondo, para volar al fondo del olvido y rescatar las espinas florecidas.

Me separé de todos como si la eternidad hubiese finalizado. Temía regresar a mi caverna y enredarme entre los brazos del olvido.

Amanecer estaba al otro lado, la frontera tan solo era el sueño de una noche, una noche de mil noches extendida, con hormigas de tiempo interminable.

Después de treinta años, los caminos acercaron nuestros pasos hasta una sola huella.

Sobre la arena de todos nuestros días juntos, construimos castillos encantados: con jardines de azul al mediodía y atardeceres de sol entreverado, caballos amarillos, unicornios de jade.

Sembramos amapolas en Domingo y cada Lunes rosas y jazmines. Los jueves recogemos poesía para poder remar contracorriente.

No nos inquietan las olas encrespadas que avanzan sobre la playa: a menudo se llevan el pasado de cada día y tenemos que crear de nuevo, ni tormentas con rayos de colores, ni promesas de viento a más alturas. Somos el tiempo, somos el comienzo, somos la

eternidad y el infinito, somos el horizonte en cada instante, somos siempre presente, no hay ausencia.

Despertarme a su lado cada día es celebrar un nuevo nacimiento. Cuando la noche nos invade, no la temo, aunque fuese la última de nuestro camino, seguiremos adelante.

Estuve al otro lado del espejo, donde morir o vivir no es necesario y ser, o el no ser, indiferente.

Yo Soy, para mi tiempo, para mi vida, por aquella mano tierna a cubierto en un abrigo azul con un lagarto.

Yo Soy, por una mirada en un segundo, una mirada suya en el último segundo.

Maribel Orgaz

La boda

Mi hermana se empeñó en que yo fuera el chofer de su boda.

-Es lo normal: el hermano de la novia conduce el coche - me dijo poniéndose en jarras al ver mi cara de enfado.

Me hizo subirme a su coche e ir con ella unos días antes a la iglesia en donde se iba a casar, para que me aprendiera el camino. Se inventó un truco que según ella hacían algunos conferenciantes. Haría lo que hace normalmente el que larga un discurso. Mentalmente sigue un recorrido según va hablando: empieza en tal plaza, sigue por esta calle y desemboca en el parque.

-De esa forma no olvidan nada. Tú lo harás al revés: aprenderás una conferencia e irás diciéndola según hagas el camino –me dijo mirándome sonriente.

-¿Qué conferencia?

-Eso es lo de menos –me dijo mientras echaba un vistazo admirativo a un mensajero con una desgreñada melena rizada y que estaba parado delante nuestro- Te coges cualquier cosa que te guste y lo vas diciendo según salgas de casa hasta que llegues a la iglesia.

-¿Vale un poema?- le dije pensativo.

-Supongo que sí.

-Creo que será mejor un poema. Uno de amor.

Estuve varios días ocupado buscando cuál me podía aprender y mi hermana bastante nerviosa con lo del vestido, quién vendría a ponérselo y si era apropiado que el novio tuviera otra camisa de repuesto, *por si acaso*. Mi madre decidió que el mejor sitio para colgar aquel trapo deslumbrante y largísimo era la lámpara de mi habitación, porque *nadie, na-di-e*, recalcó frunciendo el ceño y mirándome, tenía que entrar a hacer *nada, na-da*, a mi habitación, excepto yo, claro.

-Como se te ocurra meterte en la habitación a dormir sin ducharte antes, te mato – me dijo mi hermana en el pasillo, cerrándome el paso.- Mi vestido tiene que estar impecable.

-No seas bruta- le dije molesto.

-Como te fumes un cigarro ahí dentro...

Mi hermana a veces, me da miedo. Parpadeé un instante y la agarré de los hombros para hacerle un cariñito.

-No seas bruja. Si no fumo. Me podías ayudar a elegir mi poema. Ayer estuve buscando. Como no me sonaba ninguno me acordé de aquel del pirata y el barco, Espronceda.

Parece que se ablandó un poco, pero no le gustaba Espronceda, lo del barco era larguísimo y le sonaba al colegio. Al final decidió que me traería ella misma uno para que me lo aprendiera.

-Lo único que tienes que hacer es que dure más o menos el camino a la iglesia. Tienes que ajustar lo que vas a decir con lo que tardemos en llegar con el coche. –me dijo, mientras me miraba implorante- Luis, por favor, haz las cosas bien.

Tu tranquila que te casarás- le dije muy serio.

Mi hermana me dejó encima de la cama una antología que, la verdad, me gustó mucho. Como pensé que lo mejor era coger el libro y repetir el recorrido varias veces, terminé aprendiéndolo con bastante facilidad. Debía comenzar desde el momento mismo en que me subía al coche. Según saliéramos de nuestra plaza y enfilásemos la Avenida de España yo debía comenzar con:

*Para que tú me oigas
Mis palabras
Se adelgazan a veces
Como las huellas de las gaviotas en las playas.*

Después, la siguiente estrofa debía decirla en el cambio de dirección y continuar así hasta terminar en la puerta de la iglesia:

Para tus blancas manos, suaves como las uvas.

Quizá no haya dicho aún que yo, probablemente, sea el más despistado de toda la rama de mi familia materna. Ver a mi madre llorando en la cocina porque le habían robado el monedero en el mercado y que mi padre lo encontrara por la noche envuelto en papel de aluminio en la bandeja de la nevera era el tipo de cosas rutinarias a las que, en nuestra familia, estábamos acostumbrados. Eso no es nada especial si se compara con lo que a diario yo era capaz de olvidar (y dicho entre paréntesis, con lo que iba a liar en la boda). Así que, si mi hermana me pedía que fuera su chofer podía haber muchos imprevistos. Recuerdo que de pequeño me estuvieron dando un jarabe para la memoria, que mi padre escéptico tiró finalmente a la basura:

-Joder, Sole, si es igual que tu. Es como si se os borrara todos los días la mitad de las cosas de la cabeza. Además, le ensucia el estómago. ¿Va a estar tomando mierda de esa toda su vida?

-Se lo ha recetado el médico- acertó a responder mi madre encogiéndose de hombros.

-¿Pero le has contado como eres tu? – le dijo él mientras me daba un pellizco cariñoso en el brazo- Este lo que tiene que hacer es buscarse una novia inteligente que le mande a trabajar por la mañana y le recoja por la tarde. Y ya está, ¿verdad, hijo?

El caso es que desde aquel día, en mi familia todo el mundo me aceptó despistado. Tal como era. Volviendo a lo de la boda. Llegó el día y mi hermana bajó a la calle mientras un montón de vecinos se asomaban a verla. Cuando llegó al coche, el cuerpo pasó pero entre el velo y la cola se hizo una especie de grumo que no había forma de hacer pasar por la puerta. Las damas de honor, que eran dos amigas suyas, intentaron enrollarlo y meterlo con cuidado.

-Como en la lavadora –les dije jocoso- Intenté hacer un burujo y meterlo de una vez, pero crujía tanto aquel maldito velo que me empezó a dar dentera y parecía casi eléctrico. Mi madre nerviosa me dio un empujón diciéndome entre dientes y con un tono de voz que nunca antes le había oído.

-Métete en el coche, que la vas a arrancar el tocado de la cabeza.

Mi hermana a todo esto no había dicho ni una palabra, sólo recuerdo que se agarraba fuertemente el recogido, mientras intentaba hacer fuerza. Mamá le puso un montón de tela sobre el regazo y cerró la puerta del coche. Me senté al volante. De repente, una chica muy guapa metió la cabeza por la ventanilla y le gritó a mi hermana que la dejara subir, que quería acompañarla.

-¡Consuelo! ¡Cariño! ¿Has venido? ¡Sube! Creí que no llegarías a tiempo. – le dijo mi hermana a su amiga.

La chica entró, se sentó como pudo al lado de mi hermana y yo arranqué. Hay que ver lo bien que le puede sentar a una mujer rubia el color frambuesa. Mi padre estaba a mi lado y me miraba sonriente. Me hizo un gesto con la mano para que saliera.

-Sí, sí, ya voy.

Empecé a recitar mi poema en voz alta. Consuelo agarró la mano de mi hermana y le dijo que estaba preciosa. Se hizo un silencio. Se me oía recitar lentamente.

-¡Neruda! Qué detalle, recitarle a tu hermana un poema tan bonito. “*Collar, cascabel ebrio*”- empezó a decir inspirada.

Yo perdí el ritmo y seguí recitando mientras pisaba el acelerador a fondo.

...*suaves como las uvas*- concluimos los dos muy contentos. Y en esto, estábamos en la puerta de la iglesia.

-¡Eres tonto! He llegado antes que el novio, antes que mamá y antes que todo el mundo.- mi hermana estaba furiosa- Ahora mismo nos vamos a dar una vuelta haciendo tiempo.

-No puedo –le dije bajito- No conozco el barrio.

-Me da igual, das una vuelta alrededor y así no te pierdes.

Juro por Dios que intenté hacerlo. Pero eso no se puede hacer. De repente, una prohibida, otra que te obliga a irte a la derecha, una interminable y como que dobla. Me

perdí completamente. Mi padre estaba preocupado y mi hermana y su amiga desesperadas.

-Quiero casarme, quiero casarme – repetía la novia como una letanía.

Consuelo nos miraba a ambos alternativamente. De repente, tuvo una idea.

-Para. Voy a por un taxi que nos lleve hasta la iglesia.

Bien. El taxista nos dejó en la puerta, pero lo peor aún estaba por llegar. Mi hermana se bajó y Consuelo intentó estirarle el vestido que se había arrugado bastante. Cuando mi hermana entró en la iglesia vio al novio con una camisa que desde luego, no era la que ella le había comprado para la boda.

¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? – oí decir a mi hermana, que abría sus ojos sombreados de rosa mientras miraba en dirección a mi madre.

Vino a vestirse a casa, mientras estabas en la peluquería –le dijo mi padre sosteniéndola del brazo- Mi vida, no te preocupes por eso, nadie se dará cuenta.

Lo que había pasado era que como mi cuñado compartía su piso, pensó que lo mejor era ir donde la novia. Se había presentado en mi casa para vestirse y quiso incluso ducharse, así que puso su ropa de novio en el estudio que era el único sitio en donde no había gente.

-No me da tiempo. No sé que han hecho en la tienda pero la camisa tiene unas arrugas enormes en las mangas- me decía compungido.- Y tengo que salir de aquí antes de que ella llegue.

-No te preocupes. Dúchate que te la plancho en un momento- me ofrecí amable.

Mi cuñado me miró dubitativo un instante y decidió arriesgarse.

-Plánchala suave.

¿Suave? Suave no se quitaba ni una arruga. Empecé con el puntito del mínimo, y aquello seguía igual. Entonces fui subiendo. En el punto tres que era el máximo, las arrugas se quitaban muy bien. La planché una vez completamente pero al terminar me di cuenta que tenía una doble línea en la manga. “Su mujer es una guarra”, decía mi madre si veía a un hombre con dos rayas en la pernera del pantalón o en la manga de la camisa.

-Mi hermana no es una guarra –olvidé que no estaba casada aún y por eso, mi despiste de siempre, quemé la camisa. Aplasté con tanta fuerza la plancha que la tela se tostó y creo que hizo como una ondulación. Supongo que sería popelín o viscosa o rayón o cualquier pijotería de esas fibras de ahora. Ya no se oía el agua de la ducha. Miré aquel trapo... Se pondría una mía. El problema era que yo no tenía una camisa que pudiera pasar... Sí, tenía una: en Carnaval me disfracé de espadachín y usé una camisa blanca con unos volantes... Total, debajo del traje no se notarían. Fui al armario y la puse en la tabla de planchar.

A mi cuñado casi se le cae la toalla cuando vio aquello. Se apoyó en la pared y empezó a dar golpes con la cabeza. Repetía: “*lo sabía, lo sabía*”.

-Tiene botoncitos en el cuello... para la corbata, y es blanca – le dije para animarle- Es que las otras son todas informales. ¿Cómo voy a tener una camisa que se parezca a la de un día de boda? Parecería un mamarracho

Mi padre es mucho más bajito así que o se casaba con una de sus camisas abierta hasta el ombligo o lo hacía decentemente aunque algo *estrafalario*, le dije sonriéndole débilmente.

En ese momento mi cuñado dio un tirón de la camisa, arrancándomela de las manos y me gritó: “¡Fuera de aquí! Vendrá tu hermana y nos acuchillará a los dos. Pero le diré que primero a ti, para que pueda ver como te desangras”. Ya le he perdonado estas palabras, es buena persona y además iba a casarse con ella.

Mi hermana andaba sin mucho aplomo por el pasillo de la iglesia aunque por fin llegó a la altura del novio. Le miró las mangas del traje por donde caían unos picos de la tela y la chorrera sobre la que la corbata parecía flotar mullida. Ambos se volvieron al cura que les miró exultado.

-Neruda me gusta mucho. – me dijo Consuelo sonriéndome mientras me hablaba al oído muy bajito. Ambos estábamos en la primera fila de bancos- ¿Sabes alguna más?

-Sí – qué bien olía además, aquella chica – Ahora mismo recuerdo otro: “*Inclinado en las tardes tiro mis tristes redes...*”

Juan de Madrid

La llave de la verdad

Fabrizzio terminó de retocar su aspecto de Gentleman frente al espejo del recibidor. Ciertamente la vida le había tratado mal, pero apenas si había dejado huellas en su aspecto. Salvo por unas leves entradas plateadas, como si la Luna le hubiera tocado dos veces en la frente y los ojos algo hundidos, secuelas de noches de francachela e insomnio, no tenía mas quebrantos del tiempo en su cara. Incluso estas ligeras huellas, contribuían a darle un aire misterioso que provocaba en las mujeres un efecto devastador. Se echó una última mirada vanidosa de aprobación y cogiendo su abrigo gris, de impecable corte inglés, se dirigió a la puerta de su habitación para salir al pasillo del hotel. Tomó un ascensor y siguió mecánicamente mirándose en el espejo que rodeaba toda la parte superior del mismo. Ya en el vestíbulo del hotel, fue directamente a la recepción para dejar la llave de su habitación y preguntar en un perfecto castellano, aprendido en su largo exilio chileno...

-Buenos días. ¿ Hay algún mensaje para mí ?

-Buon giorno signore, le contestó el recepcionista. Un instante que voy a mirar. Se dirigió a los buzones de la correspondencia y enseguida volvió con un pequeño sobre amarillo.

-Aquí tiene, lo dejaron anoche para Vd

- Fabrizzio dio un pequeño gruñido, que quería decir gracias, o algo así, y se marchó directamente hacia la calle.

-Adío signore, que tenga un buon día, le gritó el recepcionista; teniendo cuidado de no traspasar las formas.

Fabrizzio, sin prestar atención y mirando el sobre amarillo que le había entregado el solícito recepcionista, salió del hotel y pidió un taxi al portero. Este, con un silbato y con el uniforme que le hacía parecer un contramaestre de la marina, dio una orden y el primer taxi de la parada de enfrente se puso rápidamente en marcha. Haciendo gala de su pericia como conductor, fruto de muchos años encadenado al volante de su automóvil, el taxista con una rápida maniobra hizo coincidir la puerta trasera con el impecable pasajero.

-Pronto, a Vía Cotino, ordenó Fabrizzio.

-Si signore, respondió el taxista.

Arranco el coche y se zambulló en la intrincada circulación romana. Fabrizzio se acomodó en el asiento trasero agradeciendo la temperatura interior del taxi, en contraste con el frío que hacía en este tiempo en las calles de Roma.

Distraídamente introdujo sus manos en los bolsillos del abrigo para calentárselas también y con su mano derecha tocó un papel que sacó de inmediato: era el sobre amarillo que le había entregado el recepcionista del hotel. Se quedó mirándolo con extrañeza y curiosidad, mientras se preguntaba; qué y de quién sería. Sonriendo por su pregunta mental, lo abrió con cierta meticulosidad, recreándose en tan sencilla operación. Introdujo dos dedos en el interior del sobre y extrajo del mismo una tarjeta con cierto aspecto oriental. En la parte anterior, había unos dibujos y criptogramas que de momento no entendía; a pesar de ser experto en lenguas y religiones orientales. Estos dibujos rodeaban un nombre en hebreo, según creía, y que traducido, podía ser algo así

como, “Elipas Léví”. En la parte posterior había un corto saludo mezcla de hebreo e italiano que decía: mi caro amigo Fabrizzio; tengo algo molto importante para Vd. Sírvase pasare pressto por esta dirección, y debajo, Vía Santegna, 32.

Como tenía mucho tiempo antes de la cita concertada con su colega belga, para la comida de hermandad, que ambos y Monsieur Loutrec, otro ilustre colega francés, iban a celebrar antes de la conferencia que darían sobre “ecos del más allá” decidió ir a ver que era eso tan importante que tenía para él su misterioso amigo. Tocó al taxista y le indicó la nueva dirección. El hombre dio un pequeño soplido de resignación y en la próxima calle giró el sentido de la marcha, ya que al parecer, la dirección que le había ordenado nuevamente su pulcro pasajero estaba en dirección contraria a la que llevaban antes. Después de más de cuarenta minutos y algún que otro embotellamiento circulatorio llegaron a Vía Santegna. Era una calle mas bien corta que desembocaba un una placita rodeada de jardines con hermosos tulipanes y begonias. En el centro, había un pequeño monumento en piedra en honor del dios Baco. Al llegar al numero 32, el taxista paró el vehículo y sin volverse le dijo a Fabrizzio:; Signore, el 32.

Fabrizzio miró por la ventanilla y efectivamente, el 32 colgaba encima de una pequeña tienda embutida en un mural de madera vieja con extraños dibujos como los de la tarjeta. A través de los cristales del coche podía ver un pequeño escaparate donde se amontonaban infinidad de objetos sin orden ninguno: Libros, pergaminos, pequeñas esculturas, adornos y abalorios de todo tipo y procedencia y un sin fin de cosas más, imposibles de apreciar a primera vista, se amontonaban en total desorden en el escaparate. No sé como nadie puede buscar algo aquí, pensó Fabrizzio, pero se decidió a bajar del taxi para ir a la dichosa tienda.

Espéreme aquí, le dijo al taxista y con resolución entro en la tienda y pregunto por el encargado. Una frágil chiquilla de unos trece o catorce años y de aspecto chino le hizo una gran reverencia y le rogó esperar un momento. Luego desapareció con el mismo sigilo con el que había llegado tras un biombo multicolor con dibujos de pájaros exóticos.

Pasó un buen rato, que a Fabrizzio se le antojó enorme y cuando miraba su reloj de bolsillo para marcharse apareció la joven y delicada chinita seguida de un venerable anciano con un vistoso atuendo de mandarín, que debía ser de la época Ming. Con las palmas de las manos juntas, el extraño personaje le hizo a Fabrizzio una gran reverencia como la que le había hecho la joven al recibirle al mismo tiempo que decía; molto piacere mi caro amigo.

Fabrizzio no entendía nada: Un chino, con atuendo tradicional del siglo XVI.- con nombre hebreo del siglo XVIII - y que se expresaba con más palabras Italianas mal pronunciadas, que en su lengua vernácula. El anciano siguió diciendo, estaba esperándole desde hace tiempo para entregarle algo que me ha sido confiado para Vd. Fabrizzio le respondió con una ligera inclinación de cabeza y quedó esperando a que su interlocutor se explicara más en cristiano. El anciano se dirigió a una vitrina llena de libros y de un pequeño cajoncito sacó una cartera de gamuza amarilla muy raída por el tiempo. Acercándose a Fabrizzio la fue desenvolviendo, y volcando el contenido en su mano derecha, le enseñó a su visitante el objeto que había dentro. Se trataba de una pequeña pieza de cobre en forma de media luna, con incrustaciones de piedras representativas de los doce signos del zodiaco. Justo en el centro del semicírculo tenía una protuberancia recta como de cuatro centímetros rematada por un ojo hueco en la punta, en la que apenas se veía una pequeña cruz de plata. Fabrizzio tomó el objeto en sus manos y muy extrañado preguntó...

-¿ Qué es esto... Qué representa ?

-El anciano le respondió: Signore Fabrizzio, sabemos en el circulo exotérico -*La luz del Universo*- de sus inquietudes y estudios en busca de la verdad absoluta. Nos son conocidos sus viajes, meditaciones, sacrificios, privaciones, entendimiento y divulgaciones objetivas. Por eso, el circulo sagrado ha creído conveniente ayudarle, a la vista de su raciocinio e

independencia de pensamiento. Por todo esto, en nombre de la santa hermandad, le hago entrega de la llave de la verdad, aquí la tiene, haga buen uso de ella; e introduciéndola en su bolsa amarilla la puso en manos de Fabrizzio. Sin darle tiempo a reaccionar, repitió su reverencia y desapareció tan silenciosamente como había llegado tras el biombo de los pájaros.

Fabrizzio se quedó un instante mirando la cartera de gamuza y como le apremiaba el tiempo la puso en el bolsillo interior del traje, para mas seguridad, saliendo rápidamente a la calle. Subió al taxi, que le seguía esperando, y le dio al conductor la nueva dirección: Hotel Convenciones...

Una vez allí, pago al taxista y salió a toda prisa hacia la entrada del hotel, dirigiéndose directamente al restaurante.. En la mesa que habían reservado. ya estaban sus colegas esperando.

-¡Hola! dijo simplemente y se sentó en la silla que quedaba vacía. Perdonad mi retraso, pero he tenido que hacer un par de gestiones antes de venir, y ya sabéis como esta la circulación a estas horas ¡y a todas! en esta ciudad.

-No te preocupes, le respondieron sus colegas. Llevamos diez minutos solamente y hemos aprovechado para tomar un aperitivo. ¿Quieres tú tomar algo? le pregunto Monsieur Loutrec.

-No gracias, si os parece vamos a pedir ya, con tantas vueltas se me ha despertado un apetito....

La comida transcurrió en muy buena armonía, exponiendo cada uno su punto de vista sobre la conferencia que iban a celebrar por la tarde. Después de la comida y de la conferencia, que apenas duró hora y media, se despidieron los tres colegas, no sin antes desearse suerte y emplazarse para otro día y tomar unas copas juntos.

Fabrizzio cogió otro taxi para volver al hotel. Quería ducharse y cambiarse de ropa. Se sentía sudoroso y cansado. Al medio día había hecho calor, o quizás era producto de la comida y las copas que habían tomado antes y después de la conferencia. Miró su reloj que marcaba las seis treinta. Tenía tiempo de arreglarse e incluso descansar un rato antes de salir, como había quedado, para cenar con una antigua amiga. Sin darse cuenta, rozó con su mano por fuera la parte superior de su chaqueta y como no llevaba puesto el abrigo notó el bulto que le hacia la cartera con la llave misteriosa. ¡la había olvidado completamente! Introdujo su mano en el bolsillo y cogió la cartera. Abriéndola, se puso a mirar y remirar la extraña llave. De pronto, dio un respingo al darse cuenta que no le había preguntado al venerable anciano, ni él le había dicho donde estaba la cerradura para esa llave; imperdonable error.

Bueno, no era para tanto, se tranquilizó, todo era cuestión de volver a la tienda del anciano mandarin y preguntarle lo que no había hecho antes por culpa de las prisas. Dio la orden al taxista y se encaminaron en dirección a la tienda. Llegados a la calle que había indicado Fabrizzio y frente al numero treinta y dos, el viajero se bajó del taxi para dirigirse a la tienda, pero al ver que no estaba, dio un resoplido y se dirigió al taxista...

-¿A qué dirección me ha traído? le dijo con un tono de voz que contenía un reproche.

-A la que Vd me ha dado, contesto impertérrito el taxista: Via Santegna 32.

Fabrizzio, claramente contrariado, se encamino andando hacia la plazoleta que recordaba muy bien ya que estaba muy cerca. Allí estaba, con la estatua en el centro del dios Baco. Miró hacía donde estaba el cartel de la calle, y cierto; rezaba; Vía Santegna. No había duda, estaba en la dirección correcta. Volvió sobre sus pasos hasta el numero treinta y dos, ¡ No era posible! En ese numero se levantaba un edificio de cuatro plantas, habitado al parecer, por vecinos de lo más normal. Fabrizzio se dirigió al portal para preguntar al conserje, pero no había. Llamó a un par de telefonillos y ambas contestaciones fueron las mismas: En este edificio nunca hubo una tienda y los dos inquilinos, llevan muchos años viviendo allí.

Fabrizio estaba confuso y exasperado.

Del portal de al lado vio salir una señora de mediana edad y Fabrizio la gritó mientras se acercaba a ella.

-¡Eh, señora, señora ¡ Perdóneme Vd ¿ Conoce una tienda de antigüedades, bazar, o algo así, que había en esta calle, justamente aquí ? y señalo el numero 32.

-La señora, con cierta prevención dada la aptitud de su interlocutor, apenas si se atrevió a decir;

-escusi signore, noum capisco y se dirigió con paso rápido en dirección contraria a la de su agresivo interlocutor.

Fabrizio y el mismo taxista, hicieron durante un buen rato toda clase de pesquisas en la calle preguntando por la tienda, pero nada, imposible, nadie la conocía. ¡Esto es una pesadilla; masculló Fabrizio y le dijo al taxista que le llevara al hotel.

Una vez allí, se dirigió directamente a su habitación. Estaba cansado, desairado por su estupidez y algo febril, pues sin darse cuenta, llevaba toda la tarde sin abrigo buscando la dichosa tienda y seguro que se había enfriado, ya que la temperatura, en cuanto se pasaron las horas de sol, había descendido considerablemente. Se desnudó abrió los grifos de la bañera y se sumergió en el agua templada que ejerció un efecto tónico y relajante en su piel y en su estado de ánimo.

Había dejado la dichosa cartera con la llave misteriosa en el borde de la bañera y la cogió para seguir mirándola con extrañeza. Por más vueltas que la daba no era capaz de comprender su significado y mucho menos adivinar donde estaría la cerradura para ella.

Pasado un largo rato, sin ganas de salir de la bañera en la que tan a gusto se encontraba, estuvo repasando el episodio que le había sucedido con la llave, el anciano mandarín y la dulce chinita... ¿Sería cierto todo lo que le había sucedido? ¿No sería una alucinación suya, un espejismo del subconsciente? Al fin y al cabo llevaba tanto tiempo estudiando sobre temas exotéricos y paranormales, que era posible que su cerebro hubiera sufrido alguna deformación profesional o una transformación psíquica, debido a las influencias de tantos libros sobre el mismo tema: se acordó del divino loco creado por Cervantes. También pudiera ser que le hubieran alterado su sistema inmuno-neurológico, las formulas magistrales que el mismo había preparado, basándose en recetas antiguas de magos, alquimistas y espagiristas. Pero, y la chinita, ¿también era producto de su imaginación...? ¡No! no era posible imaginar una flor tan delicada y tan bella, como no fueras el jardinero del paraíso...¿Se estaría volviendo loco...? Notó como le ardía la frente. En un ademán distraído, puso la llave misteriosa, prueba irrefutable de su recién pasado episodio, en su frente calenturienta. La tibieza del metal le hizo relajarse algo más y sin darse cuenta se fue quedando dormido. Estuvo largo tiempo soñando, repasando su insípida vida. No había hecho nada importante ni aportado nada a la sociedad. Su bagaje personal se limitó a unos estudios que no le habían conducido a nada, algunos libros publicados sin saber muy bien lo que quería exponer y algunas conferencias para iluminados o fanáticos que se lo creían todo... y poco más.

A cambio, había perdido el amor verdadero, el tener una familia, responsabilidades serias y otras muchas cosas realmente importantes, que distinguen al individuo recto del calavera enfermizo. Sólo era un cobarde y un egoísta, se repetía una y otra vez en su agitado sueño.

Al despertar, una Luna llena, brillante, entraba por la ventana del baño y le pintaba de blanco las sienes y aumentaba la palidez de su rostro. Se sobresaltó, porque parecía ser muy tarde, pero se dio cuenta enseguida que aún había luz natural en la estancia. Le dolía la cabeza y se dio cuenta que todavía tenía la dichosa llave que le había dado el misterioso anciano en la frente. Hizo ademán de cogerla para quitársela y dejarla en el borde de la bañera, encima de su bolsa, pero al tocarla, una intensa sacudida recorrió todo su cuerpo y como en una visión desconcertante se vio en un enorme salón lleno de cortinas en las

paredes pero sin ventanas detrás de estas. Al parecer no entraba luz por ningún sitio pero la claridad en la estancia era inmensa, como si estuviera una mañana de junio en el prado a pleno sol. Cuando sus ojos se acostumbraron a tan intensa luz, pudo apreciar con mejor perspectiva lo que le rodeaba. Como había presentido, mas que visto, se encontraba en una sala de grandes dimensiones, de techos casi invisibles dada su altura y luminosidad. Las paredes, como antes vio, estaban jalonadas de hermosas cortinas que representaba hermosos jardines, pájaros y animales, y de hombres y mujeres muy hermosos también y de cuerpos esculturales semidesnudos. Se daba cuenta ahora, que ya veía todo bastante mejor, que estaba situado en una fila de personas de distintos sexo y apariencia. Todas estas personas iban de uno en uno hacia un enorme espejo situado al fondo del inmenso salón. No había nadie que informase o dijese que había que hacer, solo la fila se movía según las personas iban acercándose al espejo y este se iluminaba o no, según la persona que se ponía frente a él. Según se iba acercando su turno de quedar frente al espejo, se fue dando cuenta en que consistía aquella especie de ceremonia. Tres personas delante de él. Una señora y dos jóvenes fueron pasando y al estar frente al espejo y mirarse, veían su imagen reflejada, el espejo se luminaba y pasaban a través de el desapareciendo de inmediato. Por fin le llegaba el turno a él. Un poco nervioso, cerrando los ojos se puso delante del espejo. No sabía por qué le daba miedo abrir los ojos y estar en esta situación. Cuando por fin se atrevió a abrir los ojos, se quedo petrificado, en el espejo no se reflejaba nada, nada, ni las más mínima sombra o perfil, nada, nada.

Algo se abrió bajo los pies de Fabrizio y al segundo siguiente se encontraba en la bañera de su hotel tiritando de frío. El agua se había quedado helada y había perdido la noción del tiempo. No sabía las horas que había estado allí. Le dolía mucho la cabeza y le ardía la frente. Hizo ademán de levantar los brazos, pero no podía, le pesaban como si fueran de plomo. Una especie de rigidez se fue apoderando de todo su ser y poco a poco se fue quedando inconsciente.....

Por la mañana, la camarera de la planta le encontró en la bañera totalmente helado y con la piel amoratada. ¡ Estaba muerto...¡

Por mucho que indagó la policía, no encontraron nada lógico que explicase su muerte. La autopsia, no aportó ninguna luz al hecho. Por la extraña pieza de cobre incrustada en su frente, dedujeron que podía tratarse de un crimen ritual, pero nunca lo sabrían...

Mikokinterios

La verdad sobre historia de “Aniramnajla”

..... así me contaron esta historia y mi corazón, mi mente, mi alma, y mi entendimiento me dan testimonio de que es verdad; es la historia verdadera de la niña que se llamó “Aniramnajla”; así fue el relato:

..... apenas había amanecido y el sol se desprendía de las dádivas de su luz, brindando a aquella tierra el regalo matutino de la luz, la vida, y la vitalidad necesarias para afrontar un nuevo día,... un día más en la tierra más verde, luminosa y fértil que los hombres hayan conocido y su nombre, el nombre de este país fue LOEZÚLAPA, situado según dicen en el lugar donde un días estuviera lo que se llamó el Paraíso terrenal, al principio de los tiempos, de la Creación de Dios.

..... no cabe en mi pluma la habilidad ni siquiera el atrevimiento de describir las maravillas de sus bosques, ríos, montañas, prados y todo cuanto tomaba forma en esta tierra mágica; ... hasta la mano me tiembla cuando recuerdo los mínimos detalles de lo que me fue contado y de cómo andando el tiempo terminó siendo el estado final de la tierra de LOEZÚLAPA.

..... yo, fiel a la palabra recibida y al testimonio de mi conciencia doy testimonio ante los hombres que así recibí este relato y del mismo modo lo refiero; esta es así mismo, la historia de una niña que vivía en Loezúlapa, cuyo nombre era “Aniramnajla”, pero a quien todos de forma abreviada llamaban “Aniram”.

..... Aniram vivía en una de las muchas y bellas casitas que componían el país, donde no existían alambradas ni delimitaciones de territorio, donde todo era de todos a tal punto que la única palabra que no podía hallarse en la lengua de los Loezulapeños (llamada “EULOGUÍA”) era el vocablo “MÍO”, palabra que el consejo de ancianos y sabios del país prohibió de modo taxativo, advirtiendo a todos los habitantes que quien la pronunciara sería castigado con el destierro a la sombría zona, al país de los Egoego, donde vivían los hombres avaros y altivos de una raza llamada los “ANZROPOI”, los cuales combatían y se llegaban a matar entre sí por poseer más cosas que los demás; allí, a aquella tierra de sombras y codicia nadie deseaba ser deportado, de modo que sin mencionar la palabra se referían a ella con un término clave llamado SKOTÍA; la palabra “mío” fue declarada maldita.

Aniram dedicaba su tiempo a muchas cosas, pero la mayoría de ellas tenían que ver con pasar tiempo con sus amigos, sus padres, sus hermanos o las gentes de su vecindad, sin olvidar sus diarias visitas al bosque al que ella dio personalidad llamándole “ÚTOPOS”. Como su familia poseía algunas vacas, Aniram las sacaba a diario a pastar a las verdes praderas de Loezúlapa y la leche obtenida se repartía entre todos, pues en Loezúlapa todo lo que uno tenía o conseguía se distribuía en común y equitativo reparto de modo que nadie careciese de nada; así pues en Loezúlapa no había pobres ni mendigos;

también le encantaba a Aniram leer los muchos libros que su padre tenía en casa, siendo su especial predilección los de poesía donde ella hallaba resonancia de su extraordinaria sensibilidad e iba haciendo sus pinitos componiendo un poemilla de vez en cuando; le encantaba escuchar en especial a los ancianos, ante los cuales se quedaba boquiabierta oyendo las innumerables historias que sabían, sus experiencias, su juventud y dado el tono grave con que lo contaban todo parecía más verosímil; ella les adoraba y en algún momento de su vida ya más mayor afirmó que en esta escuela del escuchar aprendió sus mejores lecciones.

Pero ¡ay! Su pasión era salir al bosque bien por la mañana o por la tarde y a veces ambas; en sus visitas al bosque ella hablaba con todos los seres desde las plantas hasta los pájaros, el río; todo lo existente le sugería una armonía deliciosa que ella admiraba y respetaba con una convicción y cariño que no sabríamos aquí contar. Ella puso nombre personalmente a cada cosa y ser del bosque, les trataba como algo sagrado, de modo que el bosque cobraba vida ante la presencia de Aniram y si bien las gentes de Loezúlapa eran afables, con Aniram sin embargo se sentían entendidos, amados, escuchados, respetados y la relación entre ellos era de una armonía tan perfecta que hasta el río y las piedras le hablaban, ... aquí guardo silencio y calla mi pluma querido lector porque las lágrimas me inundan al pensar en el envidiable cariño que sentían mutuamente y que a ningún narrador le es concedido saber plasmar los misterios del corazón ni tampoco los de la conciencia, que sólo Dios puede descifrar; hasta les leía libros mientras paseaba, recitando en voz alta, uno de los poemas que les leyó fue escrito por un famosísimo poeta de su tiempo que se llamó IBN-HAZM y que decía así:

**“mis árboles tienen corazón
y también mis montañas
los animales ríen,
y el río me canta;**

**ay, bosque querido
¿dónde tu misterio guardas?
Que tienes mi corazón
Prisionero de tu gracia”.**

(IBN-HAZM)

A la luz de la mañana ella bautizó con el nombre de “ALEZEIA” y jugaba con ella a sombras y figuras, moviendo sus manos por entre los matorrales cuando el sol despuntaba al amanecer.

Si reía un pajarillo trataba de imitarlo haciéndole así saber que a ella también la hubiese gustado ser pájaro y saber volar y al hacer esto Aniram quería decir también que cada uno tenía su lugar en el bosque y que todos eran importantes y nadie imprescindible.

Un bellissimo día de primavera sintió en su rostro como un relamido que le propinó un golpecito de suave brisa, que pretendía acariciarla y llamar su atención a la vez:

¿ De dónde vienes amiga brisa?

_ Aniram, vengo del Oriente y voy de paso a otras tierras y me detuve un momento a acariciarte pues pensé que te gustaría.

Sí, gracias amiga brisa me encanta que seas tan gentil conmigo (la brisa sabía bien que las personas responden encantadas a las caricias y al afecto).

La brisa, besando la mano de Aniram se alejó ululando con suavidad y diciendo unas palabras que en el idioma que hablaba el viento eran algo así: “shalamaniranmnajlaKorasiontonjugronofzalmon”.

Otro día caminaba Aniram justo al borde del río y éste le llamó para que viniera a charlar un ratito con él:

Aniram, Aniram, ven, siéntate junto a mí y mírate en mi agüita, anda preciosa”.

No os asombréis amigos que Aniram pudiera oír al río y a la brisa y a las flores pues ella siempre escuchaba con el corazón y es así como se oyen (sólo así) los sonidos que son imperceptibles al oído humano.

“¿ qué quieres amigo río, lindo cristal peregrino (así le llamaba) que vas por el mundo dándonos de beber? ”

“ Mírate en mi agüita y dime ¿ qué ves ?”

“ Anda (dijo), qué agua tan limpia y clara llevas río amigo, qué transparente y qué musiquilla tan dulzona tocas a tu paso, qué melodías tan embriagadoras río ”

(Aniram solía siempre resaltar las virtudes de los demás.)

¿ Sabes Aniram? Justo vengo de atravesar el país de los Egoego y el de los Oím-Oím y ellos cuando miran en mi agua sólo se ven a sí mismos y siempre alaban su belleza y jamás la mía y no aprecian las notas del violín de mis cascadas ni de mis hijos los arroyos y lo que es peor me arrojan toda clase de venenos y me hieren con sus máquinas destrozando el lecho donde he dormido durante siglos, un día de estos me quedo para siempre en tu bosque y no me muevo, pero los hombres de Egoego y de Oím-oím jamás entenderán esto.

..... cuentan que al oír esto Aniram dejó caer una melancólica lágrima al río que al tocar el agua quedó convertida en una bellísima perla que flota y recorre el mundo con un brillo más intenso que el sol y que si uno mira al río con los ojos del corazón se ve clarísimamente; al parecer, el río la guardó para sí, como su trofeo más codiciado y la lleva en volandas de su agua a todas partes.

Ese día a causa de lo que el río le contó, se fue tarde a casa y como se puso muy triste todos se lo notaron y tuvo que compartirles su pena y todos la escucharon; ella prometió que por nada del mundo se iría a vivir a la tierra de los Egoego ni al país de los Oím-oím.

Y el tiempo pasó, rápido, imperceptible como suele ser y Aniram llegó a cumplir sus veinte años cuando algo inesperado sucedió en su familia, cosa la cual cambiaría para siempre su destino y la fortuna del país de Loezúlapa.

Un día, su padre apareció por la puerta excitado, con los ojos abiertos como platos, medio afónico pero gritando:

“Se acabó, se acabó ya de esta aburrida paz eterna de Loezúlapa, de este país sin aliciente ni propósitos, estoy cansado de vivir siempre igual, yo soy hombre de grandes proyectos, de una mente inquieta necesito aire fresco, cumplir sueños, he oído que en la tierra de Egoego hay oro y riquezas, que si te esfuerzas y trabajas mucho puedes ser muy rico y ser dueño de muchas cosas y ser admirado por todos y hasta llegar a gobernarles y podrás comprar de todo lo imaginable y tu fama no tendrá límites; sí, estoy harto de esta monotonía, en unos días hacemos la maleta y nos vamos.”

¿Qué dices Pleonesías? (así se llamaba), dijo su esposa Praesía, madre de Aniram;

y todos, su hermano Neanías y su hermana Korasía y por supuesto Aniram estaban aterrizados al ver el rostro fanatizado y desencajado de su padre, que jamás le habían visto tan obsesionado con algo; pero nada dijeron pues su estado de confusión era tal que quedaron atónitos; la suerte estaba echada.

Después de unos días de lúgubre tristeza en la casa, el padre al fin dijo: **“Id preparándoos, que mañana partimos al país de Egoego, la tierra de la promesa”**, esa misma tarde Aniram visitó por última vez su bosque y fue a despedirse de ellos, se sentó bajo el viejo árbol que tantas veces la guareció de la lluvia y allí lloró amargamente.

Nada, más adentrarse en el bosque la aureola de tristeza que llevaba se traslucía y todas las criaturas lo percibieron y el gorrión dejó de cantar y la flor se marchitó y el río lloró, el silencio fue absoluto, el corazón del bosque dejó de latir y apenas se oían los pasos de Aniram al echar un último vistazo a su amado bosque.

Ella se detuvo, abrió una bolsa de tela que siempre llevaba (solía llevar pan y maíz a los pájaros) y sacó un libro, abrió sus páginas y les leyó su último poema, otro de su poeta IBN-HAZM,:

**“ Mi corazón está triste,
ya no llevo corazón,
llevo espinas clavadas
y una triste canción;

dije adiós herida
y herida digo adiós
lloraré en mi pena lejana
la ausencia de vuestro amor ”**

(Ibn-Hazm)

Así, leído el poema se puso a sollozar de un modo que ningún sabio puede explicar pues las lágrimas hasta el día de hoy son un misterio para la ciencia de los hombres, tanto, como lo es el gozo o el amor; las lágrimas de Aniram se clavaban en el suelo del camino como rayos arrojados por un gigante.

De súbito, el bosque enmudeció, todo trino cesó, todo quedó mustio, el río se paró y su agua empezó a corromperse y unas nubes sombrías se pararon por el cielo y un olor nauseabundo se apoderó del bosque y en unos instantes, desde el mismo momento en que Aniram salió del bosque todo quedó yermo, umbrío, y con el tiempo todas las gentes de Loezúlapa tuvieron que abandonar esta tierra pues los campos ya no daban frutos ni cosechas y los animales morían en condiciones muy extrañas, nadie lo sabía explicar del todo pero algunos ancianos del consejo, hombres muy sabios sospechaban que todo esto tenía que ver con la decisión del padre de Aniram y en especial a causa de la ausencia de Aniram y la muerte repentina del bosque.

Aniram vivió en adelante en la tierra de los Egoego y de ella nunca más se supo salvo que tuvo una maravillosa hija que llamó Díenan.

Después de esto, la tierra de Loezúlapa vino a llamarse en boca de todos “Ereme”, por lo baldío y desértico que quedó todo porque nadie jamás volvió a ver allí una sola planta ni una sola flor.

Dicen unos peregrinos que atravesaron en una ocasión la tierra de “Ereme” que al pasar por lo que un día fue el bosque se oyeron como mezcla de llantos y quejidos unas voces que dicen algo misterioso:

“¿UEISSÚANIRAMNAJLAKORASIÓNTONJUGRÓNOFZALMÓN?”.....

y esta es mi historia y mi corazón me da testimonio de que es verdadera y absolutamente cierta.

Lo atestiguo yo, de nombre MIKRÓNQUITERIÓS, en el año de 2002 de nuestro Señor.

Alejandro Casanova

Un gato de cuento

Mi gato se llamaba Fígaro, como el del cuento de Pinocho; mi hermano Tomás le bautizó así, el día que lo trajo a casa metido entre la camisa y el jersey desde la Estación de Metro de Diego de León y Noviciado. Era la época en la que estaba haciendo la colección de cromos de la película de Pinocho. Era un gatito negro con manchas blancas, bonito y muy cariñoso. Para mis hermanos y para mi fue nuestro amigo, le queríamos mucho. Cuando mis padres no me dejaban salir a jugar a la calle yo hablaba con él, jugábamos; la verdad es que otros juegos no me hacían mucha gracia: yo prefería a Fígaro; transmitía cariño, vida, libertad. Cuando se iba al tejado del patio, yo le llamaba, quería que volviera y estuviera a mi lado, pero él no me hacía caso, se iba de golfería, entonces yo me refugiaba en mis tebeos, así me distraía. El quería ser libre y yo no sabía aceptarlo.

Cuando mi madre cocía repollo no se iba de la cocina, se ve que el olor le gustaba. Pobre de ella como se distrajera: ¡volaba el repollo! Más de una vez se lo comió. Mi madre siempre decía que el repollo era su delicia.

Tenía la costumbre de situarse sobre el hombre de mi padre en la sobremesa, pues siempre mi padre le daba alguna cosa de comer que él con mucho gusto relamía. Murió Fígaro, con doce años de pulmonía, el veterinario le puso penicilina, pero no hubo suerte. Cuando murió mi padre lo envolvió en unos trapos y lo puso en un cajón de madera y lo cerró con clavos, y en un cortejo, mis hermanos, los porterillos Emilio y Daniel y otros amigos del barrio le enterramos en un solar del Cuartel de la Montaña, donde actualmente se encuentra el Templo de Debod y lo pusimos una cruz hecha con dos palos, pues pensamos que los gatos también van al cielo.

El húsar

Esta es una historia que ocurrió allá por la década de los años veinte y que mi tío Eusebio nos solía contar. El escuadrón de húsares de palacio, marchaba a pie por la Cava Baja. Ananios Peláez mandaba en la última fila. Desde que había salido del cuartel unos fuertes retortijones y sudores le exigían vaciar el intestino. Ananios observaba los portales que en esta calle entraban, pensó que si abandonaba la formación, el Capitán no notaría su ausencia y penetrando al fondo de uno de estos portales, alivió su intestino. Cuando ya se había subido los pantalones y volvía a la formación, ante él apareció un hombre que muy irritado y agarrándole con soberbia acercó la cara del asustado Peláez hacia el excremento que había en el suelo. Peláez se soltó con fuerza y

sujetando al hombre hizo con él, lo que antes había hecho el otro con su persona y salió huyendo. Se incorporó a la formación, sólo los soldados de la última fila habían notado la ausencia de Peláez.

Ya en el cuartel Ananios comentó el incidente con sus compañeros. Al mediodía se dio orden de formar, junto al capitán se hallaba un elegante señor. Peláez reconoció al hombre, cuando éste paseando ante la formación, se detuvo ante él y le preguntó ¿Me recuerda usted? Soy el Marqués de P. Ananios con su cachaza asturiana contento...¡Cómo no le voy a recordar, si usted y yo esta mañana hemos desayunado juntos!

El marqués quedó avergonzado, ante las grandes carcajadas que soltaron el capitán y el escuadrón allí formado.

Pedro de Felipe

Un tirano decadente

El tirano tenía insomnio; apenas había podido conciliar el sueño un rato al amanecer; se dio la vuelta con mucho trabajo y se sentó en el borde de la cama; se colocó una mano artificial de dos ganchos de hierro, un braguero, una pierna ortopédica, y marchó al cuarto de baño; tras lavarse con dificultad a causa del parkinson, se puso un ojo de cristal, un parche en el glúteo de su pierna, para paliar la descalcificación que estaba sufriendo, así como un peluquín, unas gafas negras y una prótesis dental. A continuación fue a tomar el desayuno; durante el cual, ingirió ocho pastillas y píldoras: para la gastritis, la gota, la hipertensión, el colesterol, etc.

Con ayuda de una muleta, caminó hasta el ascensor. Tomó un taxi, a fin de acudir a la consulta médica, a la que asistía cada ocho días, para controlar la hipertensión y el marcapasos, que continuamente le daba algún problema. Desde allí, fue al callista; pues tenía un ojo de gallo en el dedo gordo de su pie, y un juanete en el mismo pie, que apenas le dejaba moverse.

Desde hacía unos días, tenía un lumbago y una ciática que le causaban terribles dolores en cuanto hacía el más leve movimiento con su cuerpo; por lo que fue a la consulta del masajista, para tratar de aliviar estas dolencias. Después pasó por un gran herbolario, a fin de comprar hierbas para diversas infusiones para sus achaques; al entrar, se disparó la alarma a causa de un largo tornillo de acero, que tenía metido en su única pierna.

Por fin, llegó de vuelta a casa. Al momento, sonó el teléfono; descolgó; preguntó quién era. Cuando su comunicante contestó, no le podía entender bien; se ajustó como pudo su audífono y oyó que su interlocutor le decía:

"Ud. no tiene razón en lo que dice en su artículo del día ...".

Le cortó secamente, y, sacando fuerzas hasta de lo más profundo de su juanete, gritó con toda su alma:

"¡A mí no me importa no tener razón, si tengo todo lo demás!"

El padre y la madre

Calixto se casó a los 17 años de edad; a los 18, tuvo un hijo, al que llamó Juan; a los 22, se quedó viudo; a los 23, se transexuó. La cirugía y las hormonas hicieron el milagro, cuyo resultado fue Calixta, una beldad impresionante, que hacía honor a su nombre.

Juanito la miraba con extrañeza, hasta que le preguntó: "Papá, ¿por qué te disfrazas de mujer?"

Ella contestó: "Es que ahora yo soy tu mamá".

El niño replicó: "De eso nada, mi mamá murió, yo la vi muerta, y tú eres mi papá, que te disfrazas de mamá."

Los vecinos miraban a Calixta con curiosidad y asombro; hasta que ella se marchó a vivir a otro barrio de la ciudad; allí nadie la conocía, excepto Juanito, quien con frecuencia le decía: "Papá, ¿cuándo vas a dejar de disfrazarte de mamá?"

Un vecino viudo de su nuevo barrio, en cuanto la vio, quedó impresionado por la belleza de Calixta; en seguida trabó amistad con ella y, poco después, le propuso casarse con ella; Calixta aceptó encantada; pero le contó su historia transexual; esto, a él, no le importó nada. Carlos, que así se llamaba el pretendiente, también tenía un hijo, Mateo, diez meses menor que Juan.

Pasados cuatro meses, se casaron Calixta y Carlos por lo civil. Los dos niños se entendían perfectamente, excepto a la hora de referirse a sus progenitores; pues cuando Mateo decía, a Juan : "Nuestra madre ha dicho que ...", Juan le cortaba en seco diciendo: "De eso nada, tu madre es mi padre." Mateo no entendía nada.

Llegó el momento de llevar a los niños al colegio para comenzar la Educación General Básica. Calixta se ocupó de este menester. La recibió el director del colegio, don Robustiano, un hombre cercano a la jubilación, chapado a la antigua, cuyo bigote parecía las alas de una golondrina, y una barba que le cubría el pecho. Don Robustiano, tras la matriculación de los dos niños como hijos de Calixta, le explicó cómo era necesario que colaboraran los padres en el hogar, para el buen fin de los estudios de sus hijos.

Mediado el curso del primer año, don Robustiano notó que Mateo flojeaba en los estudios, y le encargó: "Di, a tu madre, que venga mañana por la tarde a mi despacho, para hablar conmigo."

Calixta acudió a la cita y tuvo una conversación con don Robustiano, que le explicó la situación de Mateo en los estudios, y le dijo lo que debían hacer en casa, para que el niño mejorara su nivel de aprendizaje.

Una semana después, Juan hizo una gran trastada en el colegio, por lo que don Robustiano le ordenó: "Di, a tu padre, que venga mañana por la tarde a mi despacho, para hablar con él."

Juan llegó a casa y dijo, a Calixta: "Ha dicho el director del colegio que vayas mañana por la tarde a su despacho."

Calixta se presentó a la cita, y, al verla, don Robustiano exclamó un tanto malhumorado: "¡En esta ocasión, yo he dicho, a su hijo Juan, que viniera su padre!" Calixta, un tanto aturdida, comenzó a explicar su historia; pero don Robustiano, en

cuanto entendió por donde iba a parar, la cortó en seco diciendo: "¡O sea, que quiere que yo crea que Vd. es hermafrodita!"

Valeria Marcos

Viaje de niñez pueblerina

No cabe duda. Su infancia, la suya, fue niñez de pueblo pequeño...¡Pobre Juanito!

Su vida transcurrió en un lugarcito aislado de todo el gran mundo, un sitio al que llamaban “El Carrito”; tal vez, por lo pequeño; quizás... porque nunca pasaba nada, sólo un autobús destartado y empolvado que aparecía una vez por semana. ¿El día exacto? Incierto. Pero ahí estaba la maravilla para Juanito: esperar en la callecita principal (por decirlo así), el día en que pasaría esa maquinaria de futuros inconmensurables. ¿Quién bajaba, quién subía? No importaba. Sólo era mágico saber que habría algo de vida por aquel lugar.

Como siempre ocurre en estos casos, un día Juanito se subió para viajar con rumbo incierto. Durante eternidades había soñado con ese momento y... era la hora de realizar su anhelo.

Llegó a una ciudad de gentes sin nombres, sin rostros ni detenciones. Entonces, comprendió que allí el único motivo de vida era caminar, seguir... ¡Qué importaba dónde! Al igual que los otros, caminó para siempre, corrió su existencia entera...

Hoy ya no existen autobuses para su parada, ya no hay detenciones ni porvenires... Sin rostro ni nombre certero, Juanito –como todos le llamábamos- llegó a su última detención.

El tren de Maby

Era hijo de la primera camada de Ifi. Sus hermanos no se le semejaban para nada. Él, Maby, había sido el más pequeño, el más débil, el más desprotegido... había hecho su vida solo. Aunque sus hermanos siempre estuvieron dispuestos a jugar con él, Maby era feliz en su soledad; por eso, rara vez buscaba entretención en su familia.

Un día, desde la cima de una colina, distante de su entorno, vio que su madre (con todos los otros) se subía al tren de la mañana. Con la mayor de las penas, bajó corriendo para alcanzarlos, pero... su intento fue vano. Después de haber corrido bastante, se devolvió hasta el lugar donde había comenzado su vida. No debí alejarme tanto –se decía-, ahora estaría con ellos y no en esta soledad. Al llegar a su árbol preferido, lo roció como de costumbre y, al alero de sus ramas, intentó descansar. Transcurrió todo el día, lentamente comenzó a sentir el frío helando sus huesos. Las miles de estrellas en sus ojos sólo lo instaban a pensar en cómo encontrar a los suyos. Sí, cogeré el tren de la mañana, se dijo. Entonces... tristemente se durmió.

Muy temprano lo despertó el pitazo de esa gran maquinaria. Ansiosamente, se instaló en el último vagón. Viajaría sin rumbo determinado, hasta encontrarlos, así le valiera la vida. Los extrañaba demasiado, sentía su falta; sólo ahora comprendía la

diferencia entre sentirse solo y estarlo de verdad. Escondido del gran mundo, aguardaba el momento preciso. Después de dos estaciones, bajó, inspeccionó el lugar, pero... no había rastro. Acongojado, esperó el tren de la tarde. Al llegar, subió al último vagón; después de dos estaciones más, nuevamente bajó. Con el mismo ritual y la misma suerte: nada encontró, ni siquiera el olor de su madre. Desesperado, aguardó vigilante hasta llegar la mañana.

Ya en otro vagón final, continuó su viaje. A los pocos kilómetros, todo se detuvo. ¿Qué habría ocurrido? Sabía que no era la parada. Bajó para satisfacer su curiosidad y corrió hasta llegar a la fachada de su transporte de metal. Ahí, en medio de la línea férrea, bañados en sangre, estaban tumbados sus hermanos y... su madre. Lentamente se acercó, los olió y, muy suavemente les pasó su lengua a cada uno. Ciertamente su primer beso: el de despedida. ¿Qué hacer? Los había encontrado, pero ellos no estaban, se habían marchado donde él no podía alcanzarlos. El mismo tren que había albergado sus esperanzas, el mismo, ahora los separaba para siempre.

No hay trenes que me lleven al cielo, pensó. Con sus ojos nublados de lágrimas, caídas sus orejas y su cola, miró por última vez y... se dio la vuelta. Con toda la pena sobre su lomo, subió a su refugio; se tumbó en el suelo, intentó cerrar sus ojos y se quedó ahí, hasta que el cielo lo llamara.

Nadie se enteró jamás que Maby estuvo, eternamente, en el último vagón.

Germán Ojeda

Soneto de amor y muerte

La muchacha salió de casa como todos los días, sin prestarle demasiada atención al sol tibio de primavera reciente que le acariciaba la cabeza y le arrancaba destellos rojizos en el pelo recién lavado, corto y sedoso. Había dejado de hacer frío la noche pasada, cuando huyeron las nubes al influjo de la luna nueva y el viento desorientado, y ahora se levantaba un día refulgente y suave, generoso, pleno de colores y sensaciones nuevas. Apretaba contra su pecho un cuaderno de bordes gastados, del que sobresalían hojas de formato diferente, apuntes recogidos al azar en otros ámbitos que venían a consolidarse en la misma fronda de papel. Sacó un cigarrillo delgado, y se puso a fumarlo con fruición, observando las caprichosas volutas de humo que enturbiaban un momento la diafanidad del aire, antes de dispersarse.

Sintió un breve cosquilleo que la recorría por dentro, una inquietud nueva y rara, que le tensaba la fina red de los nervios. Se acordó, entonces, del vago sueño que había tenido esa noche, un sueño casi informe del que sólo conservaba la sensación de que en el mismo se había enamorado. No sabía de qué ni de quién, de qué imagen difusa o de qué idea genérica, pero el amor como un cálido suspiro la había despertado, y desde ese momento la acompañaba, en la ducha o en el desayuno, y ahora en la calle, trotando a su lado como un perrito faldero, susurrando a su oído cancioncillas sin tono, haciéndole parpadear en suave combate de pestañas. El amor era tan simple como intenso, tan anónimo como cierto, tan turbador como evanescente.

Se dirigió al parque central, para acortar camino hacia el mercado. Los brotes gordos de los castaños sobrevivientes pugnaban por reventar, mientras las margaritas todavía verdes asomaban entre plásticos y trozos de vidrios, restos del botellón de la noche anterior. Los tocones de lo que fueran encinas jóvenes quemadas el verano pasado dejaban nuevos claros en el bosque. Algún perro trajinaba colina arriba, mientras los viejos madrugadores se calentaban al sol hojeando la prensa del día. Todas las portadas contaban lo mismo: El ejército israelí batiendo los campos de refugiados, en vano intento de parar la locura suicida nacida de la desesperación. El amor, se dijo la joven, tiene formas extrañas de manifestarse, y poderosos enemigos en las guerras, casi como en la paz.

Pasó por la iglesia (la antigua, la bella, no el adefesio de la 2ª fase), y por un instante volvió a ver a Dios como una nubecilla blanca revoloteando entre los chopos. Dios, se dijo, debe haber sido guarda forestal en sus buenos tiempos. Recordó que en la iglesia se hablaba mucho de amor, aunque luego no siempre se entendiera, y más bien a veces parecía que el amor debía encauzarse, reglamentarse, despojarse de locura e imprevisión. Dejar de ser nube.

Ya con el corazón agitado, más por la cuesta que por la intensidad de lo que la quemaba por dentro, la chica llegó hasta el mercado, repleto de gente en la mañana del sábado. Una pareja algo mayor paseaba abrazada, como treinta y cinco años antes. Los niños correteaban felices, o se paraban a ver asustados el pataleo de los cangrejos bajo la red. Los quesos desprendían aromas a hierba y leche rancia. Un frutero cantaba

mientras acomodaba las manzanas relucientes y las lechugas húmedas. La muchacha aflojó un momento la presión sobre el cuaderno, y se acercó a la carnicería.

Por un instante, le pareció ver un intenso fondo azul en los ojos del carnicero que le sonreía, mientras ella balbuceaba el pedido. El mismo confuso mensaje que venía leyendo desde el despertar le atronaba ahora en el silencio. Aturdida, bajó la mirada, y tropezó entonces con otros ojos, éstos sanguinolentos y saltones, inmóviles. Una cabeza de cordero degollado la miraba con atroz serenidad, con un pavor congelado en el rictus final, con el horror aséptico y despojado de significantes, el dolor muerto y vacío, callado para siempre.

Conmocionada, mezclando el rojo con el azul en la neblina interior, subió lentamente los escalones. Afuera la vida seguía creciendo en intensidad, con el calor de la mañana. Sorteó como pudo los coches mal aparcados y los contenedores rebosantes de basura, y se dirigió al parquecito de Pintores, que tan bien conocía de noches adolescentes. Buscó un rincón apartado, y sentándose contra un árbol abrió el cuaderno. Encontró allí un poema que copiara la tarde anterior, y se puso a leerlo.

*“...Así mi corazón de noche y día
preso en la cárcel del amor, oscura,
llora sin verte su melancolía.”* (F.G.Lorca)

El ojos de fuego

Aquella mañana de otoño, con demasiado calor para la estación, un joven ciervo pastaba en el Soto de Viñuelas, catando el sabor de la hierba recién brotada después de las primeras lluvias. Era un ejemplar reciente, vigoroso, si bien ya lucía lo que él mismo consideraba una soberbia cornamenta, que agitaba en el aire neblinoso de las madrugadas cuando las urracas le sonaban la hora de desperezarse.

Era la época de la berrea, y así cada tanto, urgido por una ansiedad que le brotaba del fondo de las tripas, de los huecos de la memoria difusa, estiraba el cogote y emitía un bronco sonido que se esparcía en el ambiente, sin que nadie respondiera en tono semejante.

Llevaba ya el sol afuera varias horas, cuando con su paso lento llegó hasta la puerta del muro, que por un descuido de los guardias había quedado abierta. Intrigado, el ciervo se asomó al exterior, donde el mundo parecía desde lejos tan diferente a su dehesa natal. Cuando comprobó que nadie le impedía el paso, se aventuró más allá, y echó a caminar en dirección a la ciudad.

Pronto, una máquina ruidosa de las que en ocasiones viera pasar a la distancia apareció de frente, levantando nubes de polvo y haciendo un fuerte ruido de metales. Ante la evidencia de su inferioridad, pese a las defensas de las que hasta ayer mismo presumiera, el ciervo huyó hacia el bosquecillo de las márgenes del arroyo.

Anduvo por las orillas húmedas, abriéndose paso entre zarzas y troncos caídos, hasta llegar a un claro donde una nueva escena le sorprendió. Una pareja de jóvenes humanos se amaba dulcemente sobre un colchón de hojas doradas, mientras los abejorros zumbaban en el aire cálido y los espinos se reblandecían. Vagamente, intuyó que su causa era la misma que a él le hormigueaba en las venas desde el alba, aunque su comprensión no alcanzaba a sortear el asombro. Los observó un momento, cruzando su mirada con la de ellos, que sonreían en silencio, y luego el miedo pudo más y se alejó trotando hacia la espesura.

Intrigado, no obstante, volvió a curiosear desde su parapeto de hojas, y vio cómo el hombre ya sentado abría un libro y comenzaba a leer en voz alta, modulando los labios y haciendo leves gestos con la mano izquierda. La muchacha se abrazaba a él y leía también en silencio por sobre el hombro. El ciervo, obviamente, no sabía leer, y no tenía idea de lo que era la poesía, aunque el dulce sonido de aquella cascada de palabras le regalaba el oído y le sugería ternuras desconocidas. Se alejó de allí con una extraña luminosidad en la punta de las astas.

Pensando en proseguir su aventura, el ciervo cruzó el arroyo y se dirigió hacia la zona industrial. Un acre olor a leche fermentada y el monótono ruido de las máquinas le hizo fruncir el ceño. Extraña civilización, pensó, que para lograr bienestar tiene que producir desechos, podredumbre, complejidades no previstas en la naturaleza, malestares adicionales. Comenzó a trotar por las calles, con la dureza del pavimento doliéndole en las pezuñas, pero con el interés ávido por descifrar el extraño mundo que ante él se abría.

Buscando una última familiaridad boscosa, fue a beber al lago, donde el agua le supo a hiel por la contaminación, y le revolvió las tripas. Subió luego por las laderas del parque, crepitando bajo sus pasos las botellas de plástico, las chapas de carteles destruidos, los cristales rotos de las farolas.

Súbitamente alarmado, percibió un extraño fenómeno: A medida que iba metiéndose en la vida de los humanos, el tiempo transcurría para él vertiginosamente, hasta el punto de que, con la experiencia acumulada en horas, ya no era el joven que esa mañana echara a andar sino un ejemplar adulto cuyas patas comenzaban a entumecerse y la memoria a aguarse.

Habría de ver muchas más cosas en su nuevo mundo. Un policía municipal le miró, dudó un momento entre la pistola y la porra, y finalmente sacó un talonario y comenzó a redactar una multa. El ciervo se alejó displicente, con el gesto de quien no piensa pagar nunca. Más adelante, una manifestación de empleados de la EMS se concentraba reclamando por su salario ante el edificio del Ayuntamiento, donde nadie salía a dar explicaciones del desaguado más propio de países en emergencia. En el barrio de la Estación, finalmente, la abigarrada concentración de coches y autobuses y la selva de cemento asustaron al ciervo, que ya muy cansado echó a correr hacia los prados de la zona norte, en busca del pasto originario.

Aún le quedaban algunas sorpresas. Se encontró de pronto rodeado de gente que, armados de teodolitos y escuadras y extendiendo planos en el aire, discutían acerca de ubicaciones, precios y movimientos de tierras. Estaban planificando la nueva ciudad, que traería mucha más gente, y supondría gran negocio para el señor de chaqueta y puro gordo entre los dedos que observaba desde el volante del todoterreno.

Ya muy viejo, con la barba cenicienta y las puntas de las enormes astas melladas y sucias, el ciervo emprendió el retorno cansino hacia lo que creía recordar vagamente como la dehesa de donde saliera una mañana de otoño. Siguiendo el olor de la hierba y el vuelo de los pájaros, tomó el camino del sureste.

Pero no llegaría. Poco antes, se detuvo al contemplar un ojo negro, desmesurado, que lo observaba amenazante desde el extremo de un tubo. Nada bueno puede salir de allí, alcanzó a intuir. La dureza del metal, y la fijeza de la mirada oscura y vacía, le hicieron temblar un instante. De repente, el ojo se incendió en un fuego abrasador y restallante, que en medio de un gran trueno se dirigió hacia él hasta partirle el cráneo, destrozarle la boca y desde ella el profundo corazón, las vísceras, la raíz vital, el centro mismo de la experiencia, la mansedumbre y el dolor, que ahora se diluía en un charco dulzón que se enfriaba tanto como el cielo.

Elena Pérez

Viejo amo y perro viejo

Hace años que estamos los tres solos. Vivimos en una casa de una planta, con un jardín con muchas flores: geranios de todos los colores, claveles chinos y una buganvilla que coge toda una pared. También tenemos un perro, que fue un regalo que hicimos a nuestra hija en su séptimo año (el perro tenía siete meses), fue la alegría para la niña y para todos, ¡cómo correteaban por el campo, para coger la pelota!, ¡qué dichosos los tres! Bueno, los cuatro, porque el perro era uno más en la familia.

Los años pasan, mi hija se casa, todos tan felices, ellos se fueron a trabajar fuera de España y al cabo de unos largos años, volvieron con mis dos nietos, a los que conocía por fotos, uno con dos años y otro con cinco, preciosos, hermosos, fue una alegría inenarrable. Mi hija y mi yerno empeñados en que nos fuéramos a vivir con ellos y dejáramos la casa, ¡mi casa!, donde hemos vivido desde nuestra unión, si no felices, sí dichosos, dejando todo, mi butaca, mi butaquín, donde descansan mis pies; ¡que me lo hice yo! y mi esposa ¡el cojín! que me servía también como escalera para entrar y salir de la bañera. El perro, en su esterilla, a mi lado.

¡Qué paseos nos dábamos mi perro y yo todas las tardes, aunque cayeran chuzos de punta! Al perro es lo único que quieren que me lleve, dejar mis recuerdos, mi butaquín, “sólo la ropa”, repetía mi esposa. Allí tendremos todo lo demás, “verás que bien, no nos faltará de nada, tus hijos nos cuidarán”. Yo me propongo continuar en mi casa, la reflexión en que se funda mi esposa es lo suficiente profunda, es por nuestra mejora por nuestro bienestar.

Hoy vienen por nosotros, mi esposa ya tiene todo dispuesto. dos maletas con la ropa y un neceser con sus joyas y adornos, “es muy coqueta” y con su plácido matiz de belleza y la elocuencia de sus palabras, se abrieron, poco a poco a mí en el convencimiento. Pum, pum...¡ Ya están ahí! Abre la puerta. Mi esposa la mar de contenta, con una notable excepción: el perro y yo ¡No!

La casa dista de la que dejamos tres kilómetros más o menos, enseguida mi hija y mi yerno a coro: ¡mira, mira, papá! ¡Ves!, aquí tienes un bonito jardín y aquí una piscina, ven papá sube en el ascensor, segunda planta, número 2, papá, pasa, mira vuestra habitación qué hermosa, con terraza, ¿ves qué bonita? Ahí tienes un butaquín para que descanses y la esterilla de piel para el perro, mira qué vistas, estaréis aquí atendidos y no ha de faltarnos nada (la vista así a lo largo, se ven las copas de los árboles y el cielo).

Mi esposa se adaptó enseguida, está contentísima, parece una adolescente. Con una excepción, mi perro y yo.

Estas casas con tanta urbanización, con todo lo que tu digas mujer:¡ pero no! Echo de menos mi campo, con sus pinos, su olor a jara, sus florecillas y el árbol de alcornoque,

donde mi perro levanta la pata de atrás, gozando del silencio y a la vez el jolgorio de los pájaros.

Cuando salgo a pasear con el perro, se nos van los pies con el pensamiento hacia nuestro barrio, a ese campo donde los recuerdos se me agrupan, sus olores, derramando paso a paso por estas jaras con presura, oyendo los jilgueros y mirando tanta hermosura, aquel vivir esa autenticidad pero inconsciente del tiempo que pasa sin darnos cuenta.

La familia asustada, pues más de una y de dos veces tuvieron que ir a buscarnos, la regañiña era unánime, una de las veces fue tal el enfado general que mi esposa seriamente me dijo, ella que nunca se ha enfadado conmigo, ¡Mira querido! Aquí la vida es mejor, es aquí donde tenemos toda clase de comodidades, los hijos nos quieren, necesitamos toda su ayuda... ¡corporal! Bueno, podríamos someterlo al proceso llamado desensibilización y reentrenamiento, pero sería un esfuerzo tan grande que no valdrá la pena.

Supongo, claro está, que sería mucho más simple y cómodo pensar de su misma manera. Este caso mío, hay muchos más, como mi perro y yo, que se resisten al cambio. Los hábitos son difíciles de abandonar, pero si hay que razonar bien está, yo si antes era viejo, ahora soy anciano, tanto el perro como el amo ya no damos guerra ninguna, sólo estorbamos, el tiempo es el gran enigma, ahora de la cama al sillón, del sillón a la terraza y de la terraza a la cama, a esperar que llegue (La Parca).

El perro ya ni come y yo para qué te cuento.

Oh, no he dicho nuestros nombres, el perro se llama Willy y el mío... como el tuyo.

Elvira Torres

La sabiduría y el desierto

AL DESIERTO Y A ITZIAR,
PARA QUE ESCUCHE MÁS
Y SE LLENE DE SABIDURÍA.

A través de sus ojos entornados se filtraba el Sol, pronto empezarían las vacaciones y aquellas serían muy especiales. Su sueño iba a realizarse, ¡ iba a hacer su Viaje!. Rememoró con los pensamientos la escena que se había desarrollado para que pudiese hacer ese viaje, en el cual atravesaría el desierto para llegar a Egipto; país de faraones. Se acordó de la palidez de sus padres cuando les había hablado de que quería hacer un viaje, su madre había intercedido a la negación del padre, y Eyla pudo ver a través de los ojos de ella, que también había tenido ese sueño; el de viajar. Eyla solo tenía trece años, ella era alta y delgada, además de robusta y de decisiones inalterables.

El día del viaje, no sintió miedo ni tristeza, sino alegría pues conocería la sabiduría del desierto y de Egipto. Su animal favorito era la serpiente, a lo largo de su vida había leído mucho a cerca de ella, pero nunca había aprendido más en ellos, que en la práctica: sabía y conocía las costumbres de las serpientes, las diferentes especies, venenos, etc. Eyla llegó a Marruecos, donde se sintió pequeña entre esa gente que hablaba un lenguaje extraño, pero se logró entender entre los marroquíes mediante un poco de árabe que hablaba. Todavía tenía que esperar la caravana; y esta tardaría en salir unos cuantos días. Esos días se dedicó a preparar maletas, botiquines, etc. En los ratos libres escribía sus comentarios, pensamientos y sueños en un cuaderno:

Día 14:

Mañana saldrá la caravana. Hasta hoy no he podido escribir nada en mi cuaderno. Hoy se me ha aparecido una pregunta en la cabeza: “¿Qué es la felicidad?”. En el libro “El Alquimista” se da esta respuesta: “La felicidad observar todo pero sin derramar el aceite de una cuchara.” Yo creo que la felicidad es la concordancia del cuerpo con el alma.

Mañana salimos.... ¡estoy impaciente!

Eyla

El día quince la caravana se puso en marcha, pronto dejaron atrás la civilización para internarse en el silencio del viento y del Sol que forman el desierto. Eyla se había traído bastantes libros para leer mientras montaba en su camello, pero las dunas la extasiaron de tal manera que se olvidó de ellos. Con la mano en un cuaderno y la otra en la joroba del camello contemplaba la arena del desierto. Ella miraba intentando descubrir lo oculto, hablando en la lengua del desierto. Era el tercer día, cuando hizo parar a todos

al ver una serpiente que a ella le resultaba desconocida. A partir de ese día Eyla encontraba una nueva serpiente que dibujaba su cuaderno. Al séptimo día, les anunciaron que al anochecer estarían en el oasis. Eyla sabía que no estarían allí mucho tiempo; pero decidió aprovecharlo todo lo que pudiese. Cuando llegaron estaban cansados y se durmieron, en medio segundo. Al día siguiente cuando Eyla se despertó y se encontró de frente al salir de la tienda con una persona muy extraña: sus ojos denotaban una pureza de espíritu, y en su cuerpo había madurez y sequedad provocada probablemente por el desierto, en sus manos tenía distintas cicatrices, que Eyla averiguó que habían sido provocadas por una serpiente. El extraño señor la habló:

-Eyla...

-¿Cómo sabes mi nombre...?

El señor raro, la agarró y la llevo a su tienda y dijo:

-Las serpientes me hablaron de ti, me dijeron que eres digna de ser mi aprendiz. ----
Mi nombre es Ghadin, he tenido antes muchos aprendices, pero todos tenían miedo a morir. Siento en ti, una fuerza interior, que en otras personas no existe.

Estuvieron hablando durante dos horas, cuando Ghadin le preguntó si quería que ella fuese su aprendiz.

-Podría enseñarte una gran cantidad de cosas de las serpientes y del desierto.

Y la echo una mirada inquisitiva.

Estuvo a punto de asentir, pero le dijo:

-Te daré mi respuesta, al anochecer.

-Te estaré esperando- le contesto.

Pregunto a varias personas por él; pues quería saber lo máximo de ese Ghadin, pero simplemente asintieron, y se marcharon corriendo. Era mediodía, faltaba tiempo, y ella bajo su misma admiración quería volver a ver ese hombre, pero si se quedaba... ¡la caravana se iría sin ella!

Cogió su camello y se adentro en el desierto. Sobre su manto de arena se sentó, aguantando el imponente Sol, simplemente con un gorro. Se dedicó a la meditación el resto del día, aguardo el habla del desierto, y de su Vida, pero sin resultado. Una hora antes del desierto una serpiente salió su guarida. Eyla sabía que solo un roce de sus dientes resultaría fatal, pero aguardo, sin saber por que; la serpiente se movió sigilosamente, Eyla siguió sin moverse; su corazón estaba aterrorizado, pero ella no lo dejo actuar. Entonces la serpiente habló en su lengua, y ella cerró los ojos y abrió su corazón y entendió sus palabras. La serpiente dijo:

-Esta es tu prueba, el te enseñará a ser sabia, a escuchar y a hacer caso a la Vida, al Espíritu de cada ser, él te enseñara a marcar tu camino y a aprender el Lenguaje de la Vida y la Muerte, el Lenguaje de la Tierra, el agua y el fuego, el Lenguaje del Desierto y el Lenguaje del Mundo. Ve, con él.

Después se marchó como había venido. Eyla permaneció un buen rato reflexionando estas palabras.

Estaba anocheciendo, se echo su cabello rubio para atrás y miró al Sol, que una vez más volvería a morir y después a nacer. Sus ojos verdes reflejaron la pureza del desierto, su tranquilidad rara vez se rompía; y estas veces solían ser porque un ser vivo había roto La Ley.

-Acepto...

Él la sonrió, y montó en un dromedario, Ghadin la hizo un signo para que la siguiese, y Eyla corrió detrás de él encima de su camello. Cuando se paró, ella también lo hizo, desmontando como él.

Ghadin se arrodilló y dijo, tocando una Serpiente:

-La Vida debe engendrar más Vida; aunque la gente hace que se engendre la Muerte. La persona, que haga esto tendrá su “tesoro”. Qué será la Sabiduría.

-¿Pero si no puedo encontrarla...?

-Haz caso a tu corazón, si tiene miedo dale Verdades, si sufre dale las razones de la Vida y si muere dale vida .

-Mi corazón, me hace pensar demasiado; a veces me siento perdida, y cuando consigo encontrar un camino, me devuelve a la Búsqueda de la Vida.

-No huyas de ti misma. Enfréntate a él y piensa, por que te da diferentes designios. Se sabia y no huyas de la Verdad, pues en esa se encuentra la Vida; y de estas dos cosas surgen otras tan importantes como ellas: la Libertad, el Amor y la Amistad.

-Ghadin acariciaba a la serpiente mientras hablaba. Cuando de repente, sin previo aviso atacó. Ghadin siguió acariciándola, con sumo cuidado y habló con voz firme:

-Las serpientes rara vez suelen atacar por la espalda, por eso prefiero las serpientes que los hombres; Hombre es sinónimo de destrucción, traición y mentira.

Montaron en sus respectivos animales, y se adentraron en Su Llamada, en la llamada del desierto junto con la vida. Vieron numerosas serpientes, Eyla toco muchas, ella hacía muchas preguntas, a las cuales Ghadin respondía con determinación:

-Y... ¿qué es el Lenguaje de...?

-El Lenguaje del Mundo, es el Lenguaje de la Vida y de la Muerte, de todo.

Y ese todo sabe hablarlo, pero si el Hombre, no comprende la Vida, nunca podrá descubrir lo que esta dentro de él.

-¿Y yo sabré hablarlo, algún día?

- Cada alma es un misterio oculto, y por tanto cada persona debe descubrir la suya. Pero los Signos de la Vida, me indican que eres excepcional, y que no tardarás en absorber mi sabiduría.

Después de esto ella se quedó en silencio, cerro los ojos y sumergió su alma y su corazón en si misma y en el desierto.

La caravana aguardó dos días más de lo previsto en los cuales Eyla aprendió todo sobre el desierto, Eyla escuchaba mucho, hablando poco. Antes de partir le dijo esto:

-Eyla, el alma del desierto, es el viento y la Vida, si no sabes apreciar eso; no sabrás apreciar nada en este mundo.

Eyla callaba, mirando a la caravana.

-Los libros son fuente de saber, y debes saber que nada en este mundo es Malo ni Bueno completamente; ya que a veces el mal se esconde debajo del Bien haciéndose amigos y el Bien debajo del Mal, ni Libre ni Esclavo; el Sol es libre, pero debe seguir una ruta determinada, ya que no hay nadie que tenga completamente lo más difícil del ser humano: el Espíritu, y a veces la gente que es esclava, víctima de sus propias ataduras o de la gente tiene en su espíritu una gran fuerza guiada por la libertad.-Se paró y durante unos minutos estuvo contemplando el desierto y luego continuo, mirándola a los ojos:

-Eso es lo que hace que uno comprenda el Lenguaje del Mundo, el saber comprender que nada más Él es señor y vasallo; esto hace que comprendamos lo interno y lo externo y la Fuerza del Corazón. Espero que encuentres la Verdad, y la Libertad. –Saco un colgante:

-Te doy esto para que recuerdes quién eres, para que recuerdes a la Vida, al Amor, a la Libertad y a todo lo que té enseñado. Ahora puedo morir, en paz; pues encontré a la persona adecuada para transmitir mis conocimientos; espero que algún día encuentres la tuya.- Se levanto, la abrazo y la dijo:

-Ve con Dios.

Eyla miró a Ghatim, se colocó el colgante, y lo levanto, mientras el Sol incidía en él formando una estrella en el desierto, de repente se volvió hacia él y le dijo:

-Ve con Dios, Sabio.

Se sonrieron , un desierto omnipotente les separaba, pero sus pensamientos de la Vida los unían.

Y se marcharon a Egipto, el país de los faraones, el país de Amón y Atón, de Ra y Isis y del Gran Río; el Nilo.

Edermín Amado Pérez

Valores humanos

Hoy ha sido un día alegre y entrañable para mí, hace mucho tiempo que no veía a mi amigo Mariano. Ayer me avisó que venía con su familia a pasar el día en el Monasterio de Piedra, ese maravilloso paraíso natural salpicado de cascadas alimentadas por el río que le da nombre y que tan bien conozco, por haber nacido en su cuna y haberme bañado de niño tantas veces en sus frescas y cristalinas aguas. Su bucólico paisaje nos ha servido de marco incomparable para recordar amplia y desenfadadamente nuestros años de estudiantes y tantas aventuras juntos.

Por la tarde hemos visitado mi pueblo natal y recorrido sus laberínticas calles adornadas con multicolores y exóticos rosales, cuadros vivos de la primavera, a menudo deteniéndonos con la gente que me saluda. Próximos ya a mi casa paterna, nos encontramos con unos parientes cercanos, con los que entablamos una amena tertulia a la sombra de una frondosa parra que tiñe la fachada de la antigua casa de un lozano verdor y bajo la cual, sentados en estáticas sillas de madera torneada, dos nonagenarios ancianos conversan en tono más bien alto, debido a su manifiesta sordera, por lo que sin pretenderlo oímos sus nostálgicos comentarios que silencian nuestra charla:

--- Todavía recuerdo, Eloy, cuando éramos niños; ¡cómo ha pasado el tiempo!; yo, como era el mayor, te llevaba de la mano, siempre íbamos juntos, nos llevábamos muy bien y fuimos inseparables.

--- ¡Y tanto!, Lázaro, como que hasta dormíamos juntos y siempre lo hicimos hasta que tú te fuiste al servicio militar. Todo lo compartíamos y nos llevábamos tan bien, además procurábamos siempre por nuestros hermanos y hermana más pequeños, incluso por la otra que nuestros padres habían sacado del hospicio y fue para nosotros otra hermana más.

--- De todas formas, recuerdo que entonces se vivía mucho más pobremente, porque las familias eran casi todas numerosas y los recursos bastante escasos en todos los sentidos.

--- Que nos lo digan a nosotros que dejamos el colegio a los 10 años para ponernos a trabajar y ayudar económicamente a nuestros padres y hermanos.

--- Por eso, al compartir, además de las alegrías, tantas dificultades de la vida, hemos vivido siempre tan unidos todos los hermanos, y no como han hecho muchos otros, que por “cuatro cochinos duros” de herencia han discutido, y muchos ni se hablan.

--- De todas formas, tampoco creo yo que nos portáramos mal con nadie, ni le hayamos envidiado, no recuerdo nunca haber tenido enemigos por ello, todo lo contrario.

--- Pues no, porque haciendo honor al nombre de nuestro padre, “Justo”, creo que lo hemos sido con todo el mundo y nos hemos conformado siempre con lo poco o mucho que hayamos tenido; eso no nos ha impedido vivir felices, incluso hacer también a los demás ayudándoles cuando fue necesario o cuando solicitaron nuestra ayuda.

--- Claro, así es naturalmente, creo que la vida, después de todo, no nos fue tan mal y nos ha sobrado para vivir honradamente, y más felices que muchos ricos.

--- Como que “no es más rico nunca el que más tiene, sino el que menos necesita”.

--- Así hemos vivido felizmente casados cada uno de nosotros hasta que nuestras mujeres murieron.

--- ¡Qué cosas tiene el destino!, mi único hijo se casó con tu única hija.

--- ¡Cómo me voy a olvidar!, ya está muerta y que en paz descance; eso si que ha sido para nosotros una desgracia tremenda, cuando estaba en la flor de su vida, con 54 años, cuando más holgadamente y feliz podía vivir... es el mayor mazazo que he recibido nunca. No se por qué Dios no se me llevó a mi en lugar de a ella, creo que hacía más falta que yo en el mundo, yo ya he vivido y disfrutado de la vida mucho más que me hubiera imaginado, me hubiera conformado con mucho menos.

--- Si te sirve de consuelo, también yo comparto tu opinión, y no me hubiera importado nada ofrecerme en su lugar, pero a veces no se van los que quieren, ni los que menos falta hacen, sino los que Dios quiere, y tenemos que resignarnos a su voluntad.

--- Así es..., menos mal que nos dejó un nieto, que ya está casado y solamente nos ha dado una biznieta; ellos son una de las pocas alegrías que aún me quedan en este mundo.

--- También lo son mía y valen más que nada en el mundo. Así son los caprichos del destino, quién nos iba a decir que después de toda una vida y a nuestros años, volveríamos otra vez a juntarnos, a vivir bajo el mismo techo y a compartirlo todo al cuidado de nuestro hijo y sobrino.

--- Pues si, ¡qué caprichos tiene la vida!, pero... mañana seguiremos recordando, porque percibo que va a haber tormenta y ya sabes que andamos despacio.

--- Está bien, ayúdame a levantarme, porque mi artrosis no me permite hacerlo de repente y necesito un rato para enderezarme un poco. ¡Qué paciencia, Dios mío, después de la fuerza y flexibilidad que siempre tuve!, --- Pues si, aún recuerdo que un “caid” de trigo te pesaba muy poco para cargártelo y son más de 140 kilos, y que con dos talegas de cebada en los hombros eras capaz de sentarte en el suelo cruzando las piernas y levantarte otra vez de la misma forma sin apoyar las manos en ningún sitio.

--- Yo también recuerdo la agilidad que tu siempre tuviste para tu poca estatura y la vista tan buena, cómo siempre veías tan bien a tanta distancia.

--- Y que lo digas, porque algo sordo siempre fui, pero con la vista tan aguda que tuve, y que hasta hace un par de años conocía aún desde aquí al que subía por la calle desde la plaza, que ya sabes que hay más de 200 metros, también ahora he perdido totalmente la visión. Tendrás que ser mi lazarillo.

--- Y tú mi bastón, mi apoyo.

Cogidos nuevamente de la mano, como en su niñez, los dos hermanos se alejan lenta y pausadamente por la silenciosa calle, seguidos muy de cerca, por si necesitaran nuestra ayuda, por nuestras fijas miradas, dejándonos por un rato mudos y pensativos, cada uno con nuestro mundo detenido por unos instantes, hasta que el silencio es roto por Mariano, visiblemente emocionado contemplando la tierna escena:

--- Estoy profundamente emocionado por la historia de esos ancianos, y además intuyo por sus semblantes y actitudes, su sinceridad, su conformismo y su gran talla humana. Solamente con mirarte, veo que tú compartes mi opinión y que estamos, como siempre, en perfecta sintonía. Pero... ¡qué te voy a decir yo!, seguramente que tú debes conocerlos bastante o habrás oído hablar de ellos.

--- Estás en lo cierto, como ellos ha habido muy pocos..., ¡no sabes hasta que punto!

☞ Se adelanta a contestar mi tío ante mi silencio, porque yo, sensiblemente afectado y sin poder contener un par de lágrimas furtivas, tras unos momentos, no puedo más que articular cuatro palabras que sirven para fundirnos en un silencioso pero expresivo abrazo de amistad sincera:

--- ¡Naturalmente... son... mis abuelos!.

Juan Vega Cabello

Carta de un enamorado

En España, hoy, un hermoso día de 1997
Sta Dalia del Río Guadalquivir
C/Miamor, s/n
Andalucía

Distinguida Señorita:

Hasta hoy de la fecha no lo había decidido, fue en la primavera pasada cuando viajé buscando un rato de reposo y calma y así evadirme un poco de los libros y empezar más fuerte. Llegué hasta allí. Era una mañana de abril, soleada después de una ligera lluvia, sábado; me encontré con un alegre jardincillo, que ya comenzaba a vestirse de primavera, con sus primeras flores. Un puñado de palomas aleteaban en torno a una fuente de piedra y agua cristalina; bulliciosa se agrupaban con ligereza, pues alguien les echaba unas migas de pan para entretenerlas. Era una joven preciosa, linda, con una melena negra que le hacía cubrir toda la espalda y bajaba hasta la cintura y unos tirabuzones que le pendían desde la frente, como acariciando y a la vez escondiendo su coquetillo rostro.

Vestía una capa en azul marino bordeada con vivos rojos, con lo que parecía haber bajado volando del cielo, para deleitarme. Corriendo ella, jugando tras las palomas, algo se le cayó al suelo; era su cartera y documentos, incluido el de identidad. Yo, que la venía siguiendo desde muy cerca para no perderme ninguno de sus vistosos ademanes, grabándolos en la retina para luego recordarlos; tomé en mis manos la cartera y ordenándole cuantos documentos encontré a mi paso, le hice entrega de todos ellos, no sin antes, en un cerrar y abrir de ojos, me quedase con su nombre y domicilio.

Dalia del Río, 16 años, estudiante de COU; eras tu, el modelo de mujer que yo tanto había soñado para mí, tus rasgados y negros ojos, tu pequeña y graciosa boca, como tallada a golpecitos con cincel de plata, tus amarfilados dientes, tus robustos y bermejós labios y tus redonditas y blancas manos, que observé al hacerte entrega de tu cartera, me parecieron de tostadita cera, nunca había visto antes tanta belleza concentrada; fue como un cuento maravilloso de fantasías para niños que comienzan a enamorarse. Yo no podía creer que algo así se pasara ante mi vista, yo, pobre de mí, persona sencilla, humilde de todo corazón, quedé paralizado, extasiado ante tanta hermosura, tanta belleza, que hacía mí llega como aventura. Estoy haciendo un esfuerzo de espíritu y capacidad real, para ver si puedo describir, de alguna manera, algo de lo que me está pasando, embargado quizá por tanta admiración.

Me dije entonces, tengo que escribirle rápidamente y así lo hago, nervioso de amor, aunque desearía atinar con las palabras que pudieran enamorarle a ella. A partir de ahora mismo, viviré en una irresistible paciencia, hasta recibir su contestación, que

suplico lo haga urgente, pues desde el día en que te vi no he podido conciliar el sueño, deshecho pensando en ti las 24 horas del día, suponiendo qué me dirás, dudoso; estoy seguro que no me conoces. Escúchame, Dalia, me llamo..., bueno, al pie de la misma te lo diré; tengo 9 años, estudio primero de Derecho. Si tu me lo autorizas iré el próximo fin de semana verte, o cuando tu digas, lo haré corriendo, te esperaré impaciente en ese jardincillo junto a tu casa; me conocerás y yo cabaré de enamorarme de ti, como jamás me había conocido, mirándote despacio, recreándome en ti como no pude aquel día; me permitirás que me siente junto a ti, allí sobre la hierba menuda, como los novios de verdad, así para seguir contemplándote y, si tengo tu permiso, tomaré tus manos entre las mías, ahora no para entregarte nada de papeles, sino para entregarte mi corazón abierto, rebosante de alegría y amor; te apretaré tus manos adorándolas y comiéndotelas a mordisquitos tiernos mientras tu aceptas risueña; trataré de contar cuántos lunarcitos cubren tus preciosas manos, en un ligero relieve como perlas de rocío en una mañana de primavera, apenas imperceptibles a la vista, mientras voy recordando palabras y poemas de amor, que serían muchos y que ya voy sintiendo por ti, con toda sinceridad.

Ya estaré tan cerca de ti que el calor de nuestro aliento se confunda y así atropellado mi rostro por los negros rizos que penden de esa hermosa cabellera, dejen de posar a pequeños intervalos de tiempo, un suave beso que te haga sentir fuertemente el amor. Ya invadido por el calor, te iré coronando con multitud de ellos, así como tonto enamorado, porque el amor es eso, un engarce de preciosas tonterías.

Te hablaré, hablaremos en tu conformidad del futuro, terminaremos, primero la carrera; nos casaremos después; llevarás el más precioso de los vestidos blancos, con una diadema de menudas rosas de vivísimos colores y un traslúcido pequeño velo cubriendo el más bonito de los rostros. No sé si aún estoy despierto, pues creo que estoy soñando profundamente. Sí, tendremos niños y correrán ansiosos entonces a jugar con las palomas, como tú lo haces ahora y, nosotros desde aquel inolvidable banco del amor, bobos, henchidos de gozo mirando cómo juegan esos preciosos retoños.

En fin, Dalia, perdona este osado atrevimiento para el que no estuviese autorizado, la vida es así de hermosa, no he podido remediar enamorarme de ti, loca y profundamente, en lo que te hago llegar una grandiosa catarata que derrama en efluvios de amor sonoro y tangible. Vivo un hermoso sueño, creyéndome uno de los hombres más felices de la tierra. Quisiera decirte, amor mío, como el hombre que lleva tu calle, pero no me atrevo, quiero conservar el más elemental decoro en el que estoy formado, como principio básico de la dignidad.

Tu presencia, la de aquel día, llegó hasta mí como un bello serafín del cielo, atravesando el órgano más tierno y sensible de mi cuerpo, el corazón y en el que desde ahora, se guardan para ti, todo mi amor y sentimientos.

Recibe, con todo respeto, todo el cariño que se pueda volcar hacia un ser tan maravilloso como tú y a quien desde ahora estoy queriendo tanto tanto.

Tuyo siempre afectísimo.

Juan Vega Cabello.

Un mundo sin libros

Querida amiga:

Llevo algún tiempo queriéndote contar un largo sueño que tuve hace unos meses, pero por falta de tiempo, enredada entre libros, estudiando y demás, no había hecho un momento de tiempo hasta hoy, uqe entre otras cosas te relato.

Esta noche me acosté pronto, pues tenía un ligero dolor de cabeza, quizá de manejar tanto libro, soñé algo inimaginable: una vida sin libros, un mundo sin libros, era algo así como no tener que coger un libro para estudiar. Me venía sentada en grandes aulas, eso sí, con muchos profesores explicando las lecciones y muchas horas de clases al día. Los profesores nos mandaban hacer un montón de trabajos y redacciones, y cada vez estaba más confundida, ¿de dónde íbamos a obtener datos para confeccionarlos si sólo contábamos los alumnos con unos breves apuntes? Yo hubiese querido despertar porque me estaba martirizando. Yo pensaba, de dónde nos vamos a surtir de elementos de juicio para la expansión de la cultura, algo tan necesario para el crecimiento de los pueblos y tan vital para la subsistencia de la sociedad, era como retroceder a los tiempos primitivos. No, no es posible, decía yo, sin libros y sólo con las clases de los profesores, que no siempre son entendibles para todos, pues todos los profesores no cuentan con el suficiente grado de pedagogía y que hagan llegar de lleno a todos y cada uno de los alumnos la síntesis de sus asignaturas. Qué agobiada me sentí durante parte de la noche en tan largo sueño; hubiese deseado despertar con alegría y comprobar así, eso que fue un sueño; todo ello quizá llevado por el diario trajín de manejo de libros. Pero te juro que me sigue siendo inimaginable un mundo sin libros, qué apuros más grandes ver las estanterías vacía sin un libro de poesía, que te hable de mores, de padres, de hijos, de primavera, de flores, pensaba yo.

Desperté llorando; ahora en vivo, cuando aún siento el agobio que sufrí entre sueños, puedo decirte tantas cosas hermosas de los libros; ahora veo cómo esos grandes autores de Literatura, poesía y otros campos del saber, extienden sus plumas sobre esos libros, que en mi sueño no existían, para deleite de la sociedad, para alimentar el alma que sólo se mantiene de sensaciones agradables; todo eso tienen estos libros que en mi sueño no ocupaban lugar en las estanterías.

La inexistencia de un libro para soporte de la cultura, sólo se puede concebir en un sueño.

Espero quizá haberte distraído en este extenso relato y no haberte atormentado como yo lo pasé aquella inolvidable noche. Pero como dijo Calderón, “la vida es sueño y los sueños, sueños son”.

Santi Ribero Herrero

El viejo y el árbol

Cuenta un cuento que en un parque cualquiera, de una ciudad cualquiera, acudía a sentarse todas las tardes y bajo la sombra del mismo viejo árbol, un anciano solitario y de carácter huraño. Cuentan que una tarde de verano, mataba su tiempo jugando con la punta del bastón, dibujando sobre el suelo de piedrilla, formas y círculos que una vez hechos, se afanaba en borrar moviendo el improvisado puntero con energía, de un lado a otro, para volver a empezar. Absorto en sus pensamientos, el anciano dejaba correr un tiempo que se le antojaba malgastado. De vez en cuando, levantaba la vista para contemplar con nostalgia, como a su alrededor la vida seguía inexorable su curso, ajena a su desgracia. El banco al que acudía a diario, se situaba enfrente de un pequeño parque infantil donde los niños, jugando, llenaban el espacio con sus gritos y risas. A esa hora de la tarde, tanto el recinto infantil como los paseos del parque, estaban muy concurridos de personas que paseaban a sus perros; jóvenes parejas que buscaban la soledad bajo la sombra de los árboles; deportistas practicando algún deporte o simplemente, paseantes que disfrutaban de una cálida tarde de verano.

Distraído en sus recuerdos, no se dio cuenta de que se acercaba hacía el banco, un hombre bastante mal vestido, con aspecto cansado y con un pequeño hatillo como único equipaje. Aquel hombre escondía su tristeza y juventud, detrás de una poblada barba y con un suspiro de derrota, dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre el banco y mirando al anciano le dijo: - Buenas tardes. ¿Le importa que me siente aquí?-. Éste, sorprendido, le miró desconfiado pero amparado en la seguridad que sentía al estar rodeado de gente, contestó: -¡No! No me importa- y acto seguido, regresó a sus meditaciones sin prestarle mayor atención. El joven extrajo una pequeña petaca de su bolsillo que contenía picadura de tabaco y depositando un poco en la palma de la mano, comenzó a liarse un cigarrillo.

- Bonita tarde ¿verdad?. ¿Le apetece un cigarrillo?.

- ¡Gracias, pero no fumo!.

El anciano no era amigo de conversaciones y menos con aquel individuo tan extraño, pero le miraba de reajo para ver como se fumaba el cigarrillo, con deleite, como si se estuviera comiendo un rico manjar. La compañía de aquel hombre, le estaba produciendo una extraña sensación porque, si su aspecto le ponía nervioso, su cara no y todavía no le había mirado abiertamente. Estaba tranquilo, como si ya le hubiese visto antes. A su memoria, empezaron a venir recuerdos del pasado. De sus tiempos difíciles, cuando era joven y que al igual que a su compañero, gustaba de consumir de aquel tipo de tabaco, cuando lo podía conseguir. La verdad es que era extraño ver a alguien que en la era de la cajetilla, fumara picadura de tabaco. Habían transcurrido ya, varios años desde que, por consejo de los médicos, abandono aquel habito pero no dejaba de sentir, lo familiar de aquella imagen y tampoco podía evitar, el torbellino de recuerdos que empezaban a asomar por su cabeza, muchos de ellos olvidados. Estaba recordando cuando de joven, tuvo que dejar el pueblo para buscar mejorar una vida que se le presentaba muy incierta. Recordaba como había llegado a esta ciudad, con solo una

maleta de cartón, casi vacía de ropa, pero llena de ilusión y con la soledad como compañera.

El joven, sonreía abiertamente contemplando los juegos de los niños, divertido por como estos se deslizaban por el tobogán, aterrizando con sus posaderas en el suelo cuando salían despedidos de la rampa o como se esforzaban en elevar más el columpio, apretando los dientes, en un desesperado intento por hacer más fuerza.

J- Es divertido verlos ¿verdad?. Viven tan felices y despreocupados. ¡Quién pudiera volver a esos tiempos!.

A- Son niños y tienen toda la vida por delante y esa edad pasa pronto. Cuando se quieran dar cuenta ya tendrán responsabilidades.

El anciano se sorprendió por la largura de su contestación. ¡Había pasado del monosílabo a toda una frase!, algo que casi tenía olvidado. Estaba seguro de haber dado pie para iniciar una conversación y la verdad, no le apetecía mucho. Desde que murió su esposa, había dejado de hacerlo. Desde entonces, pasaba una temporada con cada hijo, en distintas ciudades, lo que había evitado la posibilidad de haber hecho algún tipo de amistad. Sus hijos, por el ritmo de sus vidas, apenas contaban con él. Se sentía bastante marginado y si a eso le sumamos su carácter difícil, no era de extrañar su patente soledad y su falta de amigos. El joven, leyéndole el pensamiento, aprovechó la oportunidad de seguir conversando.

J- Que suerte tienen, de tener que vivir solo preocupados por divertirse, de llenar su tiempo con juegos y con tonterías y que de sus necesidades, se ocupen otros. Seguro que vos, tiene ahora a alguien preocupado de donde y de que estará haciendo. Yo, en cambio, me encuentro solo y sin nadie que me este esperando o se preocupe. Para mí, si que es difícil la vida. Todos los días la misma canción. ¡Sobrevivir!. No sé, a veces siento unas ganas terribles de.....

A- ¡Calla!. ¿Cómo es posible que una persona con tus años, pueda hablar de esa manera?. Tú no sabes lo que tienes entre las manos.

J- Qué ¿que tengo entre las manos?. Un hatillo por patrimonio y todas las carencias del mundo.

A- ¡Todas las carencias del mundo!. Que tipo de respuesta es esa. Tú, ¿carencias?.

El anciano había contestado con rabia. Aquel hombre se quejaba por nada. Por su misma situación había pasado él, saliendo adelante y eran otros tiempos. Ahora, si que lo tenía complicado y su mal humor estaba justificado. Estaba al final de su camino y cada vez más apartado de la gente. Su edad le iba impidiendo hacer las cosas de siempre y eso, le enfurecía. Si no, porque iba a necesitar él la ayuda de los demás; o su compasión, como cuando en su casa oía este tipo de frases –¡Dejar en paz al abuelo, que no puede!-. Él si que tenía motivos para estar de mal humor desde que ponía un pie fuera de la cama. Pero este joven “¿de qué se quejaba?. ¿Cómo podía estar, a estas alturas derrotado y con ganas de..... ¡En fin! Mejor hacer como que no le he escuchado. Si tuviese un poco más de fuerzas e ilusión..... pero como voy a emprender, a estas alturas de mi vida, nada nuevo. -¡Es de locos!-.

A- Sabes joven, tu tienes lo que yo tanto deseo. Juventud y vida. ¡Toda una vida por delante para disfrutar de ella. Si yo pudiese volver atrás, que distinto sería todo.

J- Si tu pudieses volver atrás ¿qué cambiarías de tu vida?

A- Pues..... No sé. Así, a botepronto no sabría que contestarte.

Se quedó pensativo. “-¿Realmente cambiaría algo de mi vida?-. No estoy descontento con ella. Algunas cosillas se podrían cambiar, pero tampoco tenían mucha importancia. En líneas generales estoy contento con ella. Era ahora cuando se siento inútil”. Por primera vez, miro de lleno a los ojos del joven. Tenían el mismo color que los suyos y esa mirada triste y confusa, tan habitual en él, cuando se encontraba perdido. Volvió a sentirse como cuando educaba a sus hijos y les daba consejos, intentando corregir los errores que cometían. No había sido un mal padre, al contrario les había dedicado todo su esfuerzo. Aquel parque, antes bosque era fiel testigo de lo que decía. Miro hacía atrás, al viejo árbol. ¡Cuántas tarde, cuando sus chicos eran pequeños, había venido la familia a comer debajo de este árbol!. ¡Si el árbol pudiese hablar!. Tierno sentimiento de padre ya olvidado. Ahora le solían responder -¡qué sabrás tú!- o -¡los tiempos han cambiado!- .

A- ¿Cómo una persona como tu, con tus años, puede pensar de esa manera?. ¡Con toda la vida por delante!.

J- Porque la vida es muy dura conmigo.

A- ¡La vida es dura con todos!, pero es vida y hay que vivirla.

J- ¿Vivirla? No se, hay días que.....

A- ¡Sí!. ¡Vivirla todos y cada uno de sus minutos!.

J- Me parece que, en ese sentido estamos los dos igual. A mí, por que es dura y a ti, porque te sientes un inútil.

A- Pero yo tengo mis motivos y tú no.

J- ¡Hombre! Yo tengo los míos.

A- Los tuyos son un cuento y puede que mañana pienses de distinta manera.

J- Ayer pensaba igual. Lo mismo que hoy y que mañana. Hay cosas que no cambian.

A- Si no te esfuerzas en ello, seguro que no. Toda tu vida será igual y la habrás desperdiciado. ¡Con lo cara que es!. Las cosas que se dejan pasar, difícilmente vuelven. Difícilmente no, ¡no vuelven!, de eso estate seguro.

J- ¡Ya!. ¡Consejos vendo, pero para mí no tengo!. Es difícil hacer caso a una persona, que precisamente no predica con el ejemplo.

A- ¿Con el ejemplo?. Que sabrás tú de mí ¡Muchacho!

J- Bastantes mas cosas de las que te imaginas. A primera vista sé, que malgastas el tiempo que te queda en lamentaciones, pensando en las cosas que no puedes hacer y te has olvidado de las que si puedes hacer. Mira a ese árbol. Es tan viejo como tú, pero todas las primaveras florece para dar sombra y lo hará hasta que no le quede un soplo de vida. Si el pudiese hablar te reprocharía como estás quemando tus últimos cartuchos. ¿Donde ha quedado ese hombre que él ha conocido?.

Tenía toda la razón. Aquel muchacho tenía toda la razón aunque le costase un esfuerzo reconocerlo. ¿Quién coño sería?. ¿Por qué me ha hablado de esa manera, como si me conociese de siempre?. ¿Que sabrá él del árbol?. Se disponía a preguntárselo cuando el joven se levanto del banco y cogió su hatillo.

J- Ha sido un placer charlar contigo pero se me hace tarde y me tengo que marchar. No creo que volvamos a vernos, pero gracias por la charla y por los consejos. Intentare seguirlos y ¡a ver si se aplica el cuento, buen hombre!. Hasta la vista.

A- ¡Espera!. ¡No te vayas!.

Pero el joven ya caminaba y con paso ligero, hacia la salida del parque. No tardo en perderse entre la gente y el anciano volvió a quedarse solo, cabizbajo y herido en su orgullo - Me hubiese gustado, por lo menos, saber su nombre o haberle ayudado de alguna manera -.

La tarde empezaba a tocar su fin y era hora de regresar a su casa. El parque infantil se estaba vaciando de niños y dentro de poco, las sombras empezarían a apoderarse de aquel oasis verde. Al mirar el reloj, se dio cuenta que se le había pasado la tarde volando y que hoy, iba a llegar con retraso a casa de su hijo. -¡Con lo poco que le gusta eso!-. Tenía razón el joven cuando dijo que había alguien a quien le importaba y que le estaba esperando. -¡Bueno!, En eso y en otras cosas -. Levantándose del banco, permaneció un instante mirando al viejo árbol y a continuación regreso a su casa. - ¡Rara tarde la de hoy! -.

Cuenta el cuento, que desde aquel día ya no se volvió a ver más al anciano de aspecto huraño, sentado en su banco, a la sombra del viejo árbol. Alguien comentaba que le había visto sonriente y alegre, con una maleta de cartón en la estación del ferrocarril. No sabían su destino, pero había oído que se marchaba a cumplir, no se que deseo que tenía pendiente desde hace mucho tiempo. Esa persona destacaba el hecho de ver al anciano, saludando y dando la mano a todo el que se cruzaba en su camino. ¡Ah! Y no llevaba a su inseparable bastón, consigo. Del joven de las barbas y el hatillo, no se volvió a saber nada más. Se comenta que era algún forastero de paso por la ciudad, pues nadie recordaba haberle visto, si no le hubiesen reconocido. Alguna persona más atrevida, llevo incluso a sugerir la posibilidad de que era el mismo anciano, pero en sus años jóvenes.

Que de alguna manera, había regresado del pasado para evitar su muerte prematura. Difícil de creer ¿verdad?. Lo que si es cierto, es que no se volvió a ver ni al joven, ni al anciano y que desde aquel otoño y hasta la hecha, el viejo árbol no ha perdido ni una sola de sus hojas, convirtiéndose en el refugio preferido de los pajarillos del parque, que cuando buscan refugio de las tormentas, acuden casi todos a él y en la primavera, el verdor y la frondosidad de su ramaje, son objeto de comentario en toda la ciudad y hasta de ciertos reportajes, que hacen los entendidos, sobre este extraño fenómeno de la naturaleza y que escapa de toda lógica. ¿Quién sabe?.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Juan María Van Drell	7
Marta San Martín, <i>Mi gato</i> <i>Tristeza</i>	
Manuel López Gil, <i>Un hombre de verdad</i>	
José Miguel González, <i>Las bragas de la Milagritos</i>	
Ana Vicioso, <i>Dos vidas, dos ciudades</i>	
Elena Espiña, <i>Personaje breve I</i> <i>Personaje breve II</i>	
Xosé Luis do Ferreiro, <i>Relatos a contratiempo</i>	
Maribel Orgaz, <i>La boda</i>	
Juan de Madrid, <i>La llave de la verdad</i>	
Mikronquiteriós, <i>La verdadera historia de Aniramnajla</i>	
Alejandro Casanova, <i>Un gato de cuento</i> <i>El húsar y el marqués</i>	
Pedro de Felipe Rey, <i>El padre y la madre</i> <i>Un tirano decadente</i>	
Valeria Marcos, <i>El tren de Maby</i> <i>Viaje de niñez pueblerina</i>	
Germán Ojeda Méndez-Casariago, <i>Soneto de amor y muerte</i> <i>El ojo de fuego</i>	
Elena Pérez, <i>Viejo amo, viejo perro</i>	
Elvira Torres Benito, <i>La sabiduría y el desierto</i>	
Edermín Amado Pérez, <i>Valores humanos</i>	
Juan Vega Cabello, <i>Carta de un enamorado</i> <i>Un mundo sin libros</i>	
Santiago Ribero Herrero, <i>El viejo y el árbol</i>	